

Las desventuras de la dialéctica de la dependencia

Author(s): José Serra and Fernando H. Cardoso

Source: *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 40, Número extraordinario (1978), pp. 9-55

Published by: Universidad Nacional Autónoma de México

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/3539682>

Accessed: 26-07-2019 17:50 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

Universidad Nacional Autónoma de México is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista Mexicana de Sociología*

Las desventuras de la dialéctica de la dependencia *

JOSÉ SERRA y FERNANDO H. CARDOSO

No es fácil ser intelectual en las sociedades de la periferia del sistema capitalista. Menos aún ser intelectual de izquierda. Las tentaciones de imitar son tan grandes y la realidad circundante tan evasiva que, frecuentemente, las palabras adquieren un contorno mágico y los conceptos se diluyen entre medias verdades y plagios. Incluso sabiéndolo es difícil escapar: el título de este trabajo, por ejemplo, rezuma Merleau-Ponty. Y obsérvese la desproporción: en el caso original la corona de espinas era puesta nada menos que sobre la cabeza de los que, bien o mal, buscaban adaptar la herencia clásica a las experiencias de la construcción del socialismo y, en el afán de justificar lo que muchas veces era injustificable, distorsionaban las ideas; en nuestro caso la crítica apunta sobre un pensamiento cuyos ardores apenas justificaron, *ex post*, algunas aventuras políticas, y no llegaron a imprimir en las cosas y en la sociedad el sello de ningún triunfo.

¿Qué hacer? No cabe lamentar la mala calidad de la arena ni la desproporción de la lucha. La plétora de malentendidos que viene animando en la última década el debate sobre dependencia, revolución, fascismo, subimperialismo y temas similares requiere discusión. Piden el rigor y la elegancia, sin embargo, que la estocada sea directa, evitando el terreno resbaladizo de la demagogia, hacia el cual reconocemos nuestro desagrado.

Ya se dijo en otra oportunidad, pero conviene repetirlo: si los modelos científicos de interpretación no son capaces de identificar procesos sociales nuevos al mismo tiempo que explican cómo y por qué los viejos se repiten, su alcance es corto. Por lo menos en las ciencias humanas los

* Este trabajo fue escrito en enero de 1978, cuando los autores eran profesores visitantes del Institute for Advanced Study, Princeton, Estados Unidos. Agradecemos los comentarios de Luis Gonzaga Belluzzo y de los colegas del CEBRAP, especialmente de Vilmar Faria.

análisis que reiteran la inevitabilidad de la “reproducción” de la historia, fijándose en leyes imaginarias, no van muy lejos; es preciso mostrar cómo la estructura, al “reproducirse” por las acciones y relaciones de los hombres, se recrean y de esta manera son replanteadas viejas-nuevas contradicciones. Esta perspectiva, que no se abre a la síntesis metafísica, da la posibilidad de entender cómo los conflictos se desarrollan y cómo es posible la transformación.

Cuando el pensamiento no permite identificar los procesos sociales nuevos, o cuando esconde su impotencia en el arsenal de “leyes”, “contradicciones” y “lógicas” imaginarias, por más revolucionarias que sean a nivel de la retórica de las palabras empleadas, sólo ayuda a consolidar el orden existente. Si, por el contrario, el pensamiento es capaz de apuntar hacia procesos en surgimiento, aunque nazca tímido y balbuceando palabras heterodoxas, puede abrir un horizonte a la práctica transformadora. Por cierto, ésta no deriva de aquél ni es plausible esperar que se pueda elaborar un pensamiento abierto a la acción transformadora al abrigo de las luchas y del debate trabado. Pero no basta el empeño y la intención para cambiar la sociedad: es preciso que la teoría esté basada en el ejercicio correcto del instrumental analítico y que no deje los hechos a la deriva, como si fuesen mera y despreciable “empiría”.

En el caso en cuestión —el de los que se empeñaron en crear una dialéctica de la dependencia— creemos que no falta la voluntad generosa de alinear la razón con el “bon coté” * de la humanidad. Falta, eso sí, afinar el instrumental analítico y asentar los ejes de la razón menos en la imaginación adulteradora y más en el movimiento de lo real, escapando de la repetición o de la novedad meramente verbal. Ojalá podamos en este artículo, si no proponer alternativas (lo que sería pedir mucho), por lo menos poner obstáculos que cierren las falsas salidas.

Conviene dejar en claro, desde el comienzo, que no es por menosprecio del análisis político que la exposición se concentrará en la crítica de las categorías económicas. Por el contrario: nos interesa criticar las explicaciones económicas propuestas porque ellas, pobremente fundamentadas en la teoría marxista, sugieren prácticas políticas equivocadas. Si en el plano del análisis económico los equívocos pueden ser superados por la crítica, las políticas inspiradas por estos mismos análisis pueden llevar a desastres cuya “corrección” pasa muchas veces por el sacrificio, hasta físico, de sectores importantes de toda una generación.

Nada más dañino y duradero en sus efectos que una racionalización teórica que, ocultando a los menos avisados los crasos engaños en que se basa, consolida en la imaginación de los que quieren cambiar el orden establecido un camino que da la impresión de estar demarcado por la “coherencia política, científicamente establecida”. Cuando el impulso

* N. del T.: “el lado bueno”, en francés en el original.

generoso de los que desean revolucionar se suma a postulados falsos o equívocos, no sólo la teoría se empobrece sumergida en mala política (lo que es menos grave) sino que la política se diluye en tentativas, frustraciones y engaños. Después de cierto tiempo, a costa de mucha energía perdida, el ímpetu revolucionario languidece y cede lugar a la apatía. Pero parece que la rigidez mental de algunos intelectuales los lleva a continuar ostentando, como los mandarines, los laureles académicos obtenidos con un saber que ya está muerto; así, dando una connotación más dramática a la observación de Keynes, continúan, como fantasmas, persuadiendo a los políticos de ser esclavos de ideas difuntas.

Marini. Aunque no sea el único que se aventuró en la dialéctica de la dependencia, fue sin duda quien presentó un cuadro explicativo más general para dar coherencia a los análisis y para prescribir a partir de ellos la acción política. Por olfato, Marini propuso una ambiciosa teoría para explicar la dialéctica de la dependencia por la necesaria superexplotación del trabajo en la periferia —fuente, para él, del intercambio desigual—; ligó tal teoría a las ideas relativas al agotamiento del mercado interno y al estancamiento provocados por el estilo de desarrollo en curso; sugirió cuál era la alternativa burguesa para salir del impasse —el subimperialismo— y por implicación, mostró que el dilema fascismo-socialismo (planteado por Theotonio dos Santos entre otros) era teóricamente sustentable, en la medida en que la superexplotación requiere la represión y condiciona el desarrollo capitalista sometiéndolo a moldes socialmente restrictivos, los cuales sólo podrían ser rotos a través de la revolución socialista. Así la aurora revolucionaria tendría como acicate el estancamiento y la crisis.

En este artículo nos ocuparemos del análisis de un autor, Ruy Mauro

Sin negar en el plano valorativo la validez de la alternativa socialista veamos en qué se fundamenta la opción de Marini en el plano analítico. O sea, examinemos la fuerza teórica de la dialéctica de la dependencia como método explicativo para discernir las “leyes del movimiento” que relacionan y explican los fenómenos antes mencionados. Queda claro, desde ya, que la destrucción eventual de algunos o incluso de todos los principales supuestos de las teorías de Marini no implica la inviabilidad del socialismo. Por suerte para éste (y para las clases dominadas de América Latina) existen otros y más sólidos argumentos para sustentar, por caminos diferentes, el mismo resultado.

Antes de invitar al lector a recorrer el laberíntico camino de la dialéctica de la dependencia y, en el trayecto de vuelta, limar las aristas de los errores cometidos, nos parece útil indicar cuál era la percepción corriente en la última década sobre los problemas del desarrollo económico capitalista en América Latina. Para ello, haremos en el tema inicial de este trabajo —“Desarrollo nacional y estancamiento económico”— una síntesis de cómo ciertos artículos de izquierda abordaban esta cuestión.

Después, presentaremos la sección titulada "El intercambio que no es muy igual", en la que analizaremos los fundamentos desde el punto de partida de la dialéctica de la dependencia y algunas de sus hipótesis iniciales, sobre las relaciones del comercio internacional entre el centro y la periferia y, especialmente, con respecto a las relaciones de producción bajo las que se inscriben las diferencias del comercio internacional.

Eliminadas las dificultades iniciales de la referida dialéctica, analizaremos los pasos sucesivos del pensamiento de Marini. En el ítem sobre "El subimperialismo y las tinieblas" veremos cómo se hace renacer un Frankenstein con *appeal* político, aunque sin fundamentación teórica adecuada y establecido sobre escasísimas bases empíricas. Finalmente, en el tema sobre "La superexplotación del trabajo (o la plusvalía que nunca es relativa)" se verá cómo lo que no se sostenía en el análisis del pasado tiene aún mayores dificultades para mantenerse como teoría general del sistema capitalista periférico contemporáneo.

I. DESARROLLO NACIONAL Y ESTANCAMIENTO ECONÓMICO

A partir de mediados de los sesenta pasó a considerarse como evidente la frustración de los llamados "proyectos de desarrollo nacional", según los cuales el desarrollo de las fuerzas productivas en la periferia latinoamericana podría y debería, de acuerdo con el modelo capitalista "clásico", ser realizado bajo la conducción de una burguesía nacional hegemónica. A esta burguesía correspondería aliarse con las masas trabajadoras para promover la industrialización de su país, mediante la "internalización de los centros de decisión", es decir, la ruptura o significativo debilitamiento de los lazos de dependencia, y la realización de la reforma agraria, con vistas a ampliar el mercado interno y abaratar la producción de alimentos.

Las tesis del "desarrollo nacional" afirmaban que el capitalismo no se dinamizaría sin la referida internalización de los centros de decisión, la modernización de la agricultura y la redistribución del ingreso. Eso porque, en el plano estrictamente económico: a) la falta de una reforma agraria implicaría una doble y crucial restricción a la expansión del mercado interno; por un lado, mantendría reducida la demanda de productos industriales por parte de la fuerza de trabajo rural; por el otro, impartiría una reducción significativa del costo de los alimentos, no permitiendo que se liberase el poder de compra urbano para la adquisición de productos manufacturados; b) la dominación del capital extranjero en los sectores dinámicos de la industria, implicaría: i) descapitalización del

país¹ mediante la remesa de ganancias, pago de *royalties*, etcétera; ii) bloqueo del desarrollo de actividades internas productoras de bienes de capital; iii) utilización de tecnología poco absorbente de mano de obra, inadecuada a la disponibilidad de recursos del país, llevando a un crecimiento limitado de la demanda de fuerza de trabajo, a la concentración del ingreso y a la limitación del mercado interno, además de imponer la necesidad de mayores tasas de acumulación; c) sin redistribución del ingreso se estimularía la demanda de artículos de consumo superfluo, importados o producidos internamente a escalas inadecuadas, frustrándose la formación de mercados internos de masa para la industria y, por lo tanto, reduciendo la eficiencia y los *feed-back* indispensables a un crecimiento industrial autosostenido y rápido; d) la debilidad de la industrialización, su falta de verticalización y el carácter dependiente del proceso sólo harían mantener o agravar los problemas de comercio exterior, preservando la subordinación de las economías a un esquema de división internacional del trabajo que las mantenía como exportadoras de productos primarios e importadoras de bienes industriales, y sujetas a los azares de las variaciones de los índices de relaciones de cambio como los países desarrollados.

Entre los que formulaban las tesis del “desarrollo nacional” estaba la llamada izquierda ortodoxa, para quien la revolución nacional-democrático-burguesa representaba una etapa a ser cumplida y un camino fundamental a ser recorrido antes de que pudiese pensarse en el socialismo. Una versión más académica del referido proyecto, retóricamente más moderada o menos explícita en ciertos puntos, atribuida a sectores de la intelectualidad considerados “reformistas”, dio en llamarse “desarrollismo”.²

Una breve revisión de la literatura sociológica y política latinoamericana de los años sesenta muestra cómo se multiplicaron hasta la saciedad las críticas a la ideología del desarrollo nacional. Incluso, fue a partir de la contestación a la inviabilidad de ese proyecto y a la crítica de la metodología que le era subyacente, que se hicieron las primeras elaboraciones en torno al concepto de dependencia. Esa inviabilidad estaba claramente demostrada por las informaciones disponibles ya en la primera mitad de la década pasada. Como se dijo en el caso brasileño aún antes del golpe de 1964, la burguesía industrial había optado decididamente.

¹ Esto sucedería también en la medida en que el referido capital controlase el sector exportador. Este aspecto, más el de la propiedad externa en servicios de transporte y utilidad pública, eran los más enfatizados en un período anterior, cuando los países centrales aún no tenían interés en invertir en la industrialización de la periferia.

² En esa versión se omitía, o se enfatizaba menos, la naturaleza de clase y el carácter antiimperialista del referido proyecto.

(...) por el orden, es decir, por renunciar de una vez por todas a intentar la hegemonía plena de la sociedad, satisfecha ya con la condición de socio menor del capitalismo occidental y de vanguardia de la agricultura que muy lentamente se capitaliza. (Cardoso, 1964, p. 186-187).

En este caso, sin embargo, lo que más nos interesa señalar es qué parte representativa de los críticos del proyecto nacional-desarrollista, no obstante contestar hasta el cansancio el realismo de la creencia en la existencia de una burguesía nacional hegemónica en los moldes requeridos, no rechazó y llegó hasta a asumir la idea de que las reformas preconizadas en el referido proyecto eran una condición *necesaria* para viabilizar el desarrollo capitalista en América Latina. Implícitamente compartió la visión de que, dentro de los marcos del sistema capitalista, la alternativa del nacional-desarrollo era el estancamiento, realidad que la desaceleración del crecimiento en varias compañías de América Latina entre mediados de los cincuenta y de los sesenta parecía confirmar.

Se confundió así la inviabilidad del proyecto nacional-desarrollista con frustración del desarrollo capitalista. Y fue a partir de concepciones como ésta, sumadas entre otras cosas al "efecto de demostración" de la revolución cubana, así como a un deficiente análisis de conciencia, a la situación y posibilidades de organización del movimiento obrero y/o campesino, que parte de la izquierda latinoamericana dedujo que, una vez "quemada", por su inexistencia, la etapa nacional democrático-burguesa, la alternativa inmediata que se planteaba para las clases explotadas era la de que ellas mismas tomaran en sus manos la tarea de promover el desarrollo, removiendo los obstáculos de la estructura agraria tradicional y de la dominación externa y abriendo el camino al socialismo, dentro de un proceso de revolución permanente. Así, a mediados de los sesenta se afirmaba que en el Brasil

en las actuales condiciones la perspectiva de desarrollo de la crisis (...) lleva inevitablemente a la opción entre socialismo y estancamiento burgués. Todas las otras alternativas son utópicas. (Santos, 1908, p. 41).

(...) las medidas de eliminación de las barreras al desarrollo capitalista en el país podrán ser realizadas solamente bajo la dirección de las clases trabajadoras urbanas y rurales. (Estas) son y han sido las únicas clases consecuentes con la lucha por el desarrollo nacional. En este caso la revolución no se detendrá y abrirá el camino al socialismo. (*op. cit.*, p. 113).³

³ Parece justo hacer la salvedad de que otros trabajos de Theotonio Dos Santos son más ricos y matizados de lo que podrían sugerir estas citas aisladas. En realidad, el autor más representativo de la perspectiva analítica que indicamos es un no latinoamericano: André Gundher Frank (ver, por ejemplo, Frank, 1968 y 1970). Este autor llega a explicar el carácter de la burguesía latinoamericana de la siguiente forma: "Como la metrópoli se apodera de una porción creciente de los

○ también, en las palabras de otro autor:

Todo consiste en obtener una organización de la producción que permita el pleno aprovechamiento del excedente creado, vale decir, que aumente la capacidad de empleo y producción dentro del sistema, elevando los niveles de salario y de consumo. Como esto no es posible en el marco del sistema capitalista, no le queda al pueblo brasileño sino un camino: el ejercicio de una política obrera de lucha por el socialismo. (Marini, 1969, p. 119).

Nos parece importante señalar, por otra parte, que ese tipo de análisis ayudó a racionalizar los argumentos utilizados por parte de la izquierda latinoamericana a lo largo de los años sesenta y comienzos de los setenta para justificar la "lucha armada", aunque ésta haya tenido matices político-ideológicos de otros orígenes.⁴

Observemos, por último, que entre los que aceptaron la idea del estancamiento y se preocuparon por propuestas alternativas, no todos concluyeron en que necesariamente el socialismo estaba a las puertas (o que fuese deseable). Este fue, por ejemplo, el caso de autores como Helio Jaguaribe, uno de los más importantes defensores del desarrollo nacional que, al escribir en 1969 consideró que era

el estancamiento latinoamericano una de las principales características estructurales actuales de la región (...) (Jaguaribe, 1972, p. 23).⁵

más lucrativos negocios de América Latina y somete al resto a tremendas dificultades económicas; a la burguesía, que vive de negocios menos lucrativos, no le queda otra alternativa que la de luchar —aunque en vano— por su sobrevivencia, agravando en precios y salarios el grado de explotación de la pequeña burguesía, obreros y campesinos, con el fin de exprimir un poco de sangre adicional, y a veces tiene que recurrir a la coacción militar directa para lograrlo. Por esta razón, sin duda más que por motivos idealistas o ideológicos, casi toda la burguesía latinoamericana se ve obligada a contraer alianzas con la burguesía metropolitana, es decir a someterse. Aún a corto plazo la burguesía latinoamericana no puede defender intereses nacionalistas y oponerse a la usurpación extranjera en un Frente Popular con obreros y campesinos en América Latina, porque la misma usurpación neo-imperialista está forzando a la burguesía latinoamericana a explotar aún más a sus supuestos aliados obreros y campesinos, obligándola así a privarse de ese apoyo político". (Frank, 1968, p. 28).

⁴ Esa racionalización puede ser encontrada, por ejemplo, en Marini, 1969, p. 152-162, "Las premisas de la lucha armada". Para una versión más simplificada, ver Frank, 1968 y 1970. Cabe advertir que variarán mucho entre los diferentes autores las concepciones sobre el papel de la lucha armada así como sobre la forma de llevarla a la práctica.

⁵ Nótese que entre 1965 y 1969 el Producto Interno Bruto del conjunto de América Latina había crecido a un promedio de 5.3 por ciento anual (2.4 por ciento per cápita), tasa que difícilmente podría considerarse como representativa de una situación de estancamiento. Entre 1969 y 1973 el referido promedio se elevó a 6.7 por ciento. (Datos de la CEPAL, 1971 y 1975).

reunió imaginación creadora suficiente para redefinir las bases de su antiguo proyecto, ahora en términos de “autonomía desarrollista”, cuyo principal actor pasaría a ser la clase media, sobre todo la representada por la oficialidad militar. En palabras de Jaguaribe, “los grupos progresistas, nacionalistas y no corrompidos” de esta oficialidad sustituyeron

la ideología de la independencia satelizante por la ideología de la autonomía desarrollista e (imprimieron) un giro de 180 grados a la dirección en la que apuntan los tanques. (Jaguaribe, 1969, p. 46).

Fue a partir de la creencia, en la imposibilidad de llevar adelante las transformaciones que permitirían el avance del capitalismo, creencia ésta que era, como vimos, ampliamente aceptada y no sólo por autores marxistas, que el pensamiento latinoamericano comenzó a discurrir con las cuestiones relativas al por qué de esta situación. Casi todos, en este esfuerzo, bebieron de la fuente de conocimiento más sólida entonces disponible: la CEPAL. No todos, sin embargo, concordaron con las explicaciones *cepalinas* y algunos llegaron incluso a presentar alternativas que, aunque estuviesen obviamente emparentadas con esa escuela, estaban empeñadas en mostrar su radical diferencia frente al pensamiento “pequeño burgués” que la CEPAL era acusada de abrigar, y ni siquiera reconocían filiación indirecta con el modelo. En el tópico siguiente, analizaremos las relaciones entre las teorías cepalinas y el nacimiento de la dialéctica de la dependencia, la cual, *malgré* padre e hijo, son como el Mr. Hyde y el Dr. Jekyll de la película.

II. EL INTERCAMBIO QUE NO ES MUY IGUAL

El punto de vista que Marini buscó para fundamentar las contradicciones que animarían a la dialéctica de la dependencia, fue el análisis que venía constituyendo, desde las publicaciones de Prebisch y Singer de los años cuarenta, el Caballo de Troya de la teoría clásica del comercio internacional: la tendencia al deterioro de los índices de los términos de intercambio en detrimento de América Latina en su comercio con países capitalistas centrales. Antes de verificar si Marini dio —según su pretensión— un paso adelante en relación a la teoría cepalina, nos parece conveniente presentar esta última en forma resumida.

El deterioro de los términos de intercambio

En la versión de la CEPAL basada en los dos autores arriba citados, se pasaba de una comprobación empírica efectuada por el Departamento

de Economía de las Naciones Unidas⁶ hacia un intento de explicación del fenómeno. En este intento se presentó un argumento que, posteriormente, representaría el fundamento de las teorías del llamado “intercambio desigual” de los tercermundistas francófilos,⁷ y que se relacionaba con la asimetría en la repartición de los beneficios del progreso técnico entre los países capitalistas centrales (A) y los países periféricos (B). En términos muy simples, según lo sostenía la teoría cepalina, admitiendo que los países A exportaban un producto manufacturado M hacia los países B, los cuales, a su vez, exportan hacia A un producto primario P, la referida asimetría se debería a que:

- en A, los aumentos de productividad en la producción de M (máquinas textiles, por ejemplo) son rápidos —puesto que el progreso técnico tiende a penetrar y difundirse con mayor vigor y amplitud en las actividades industriales— y no se traducen en reducción proporcional significativa del precio unitario de M.
- en B los aumentos de productividad en la producción de P (café, por ejemplo) son más lentos —dada la naturaleza de las actividades primarias— y tienden a reflejarse en reducciones proporcionales de los precios.

¿Por qué ese comportamiento desigual?

Porque, dirá Prebisch, en los países industrializados los aumentos de productividad que derivan del progreso técnico son apropiados por los capitalistas y por los trabajadores, los primeros por dirigir empresas con elevado grado de monopolio y los segundos por disponer de sindicatos fuertes, que les permiten defender sus salarios y forzar su aumento (acompañando los incrementos de la productividad). Ya en los países periféricos, exportadores de productos primarios, no se dan en las mismas condiciones, entre otras cosas porque los trabajadores no disponen de instrumentos político-sociales, y de la capacidad para imponer niveles salariales más elevados.

El argumento arriba resumido constituye una de las principales explicaciones presentadas por la CEPAL para el deterioro de los términos de intercambio señalada en el estudio de la ONU. El mencionado de-

⁶ La comprobación empírica de Singer es la misma que menciona Marini (Marini, 1973, p. 30), atribuyendo implícitamente el “descubrimiento” de los datos de la ONU a Paolo Santi, que escribió décadas después de que la CEPAL hubiera publicado sus estudios.

⁷ Esas teorías, elaboradas casi 20 años después de la publicación de los textos de Prebisch, Singer y de la CEPAL, no obstante su más elevado grado de formalización algebraica y sofisticación en términos de uso de categorías marxistas, no fueron mucho más lejos en hallazgos sustantivos. Tramos básicos de los textos de Prebisch y de la CEPAL en el extracto preparado por Aníbal Pinto. El Pensamiento de la CEPAL (CEPAL, 1969), Cap. I, ver especialmente la introducción del mismo Aníbal Pinto a ese volumen, pp. 16-20.

terio de los productos manufacturados M no declinarían de acuerdo con la elevación de la productividad, mientras que los precios de los productos primarios disminuirían.⁸

La comprobación de la existencia de una tendencia al deterioro de los términos de intercambio de los países periféricos en el largo plazo fue objeto de gran controversia, principalmente por el hecho de basarse en un estudio del comercio exterior de un solo país capitalista central —Gran Bretaña— cuya representatividad sería discutible.⁹

Sin embargo, el debate sobre la evolución de los índices de los términos de intercambio, que no abordaremos aquí, no agotaba todas las implicaciones del análisis de la CEPAL. Como consecuencia, ésta fue más allá del problema del deterioro de las relaciones de intercambio, llegando incluso a contestar a uno de los postulados fundamentales de la teoría clásica del comercio internacional, según el cual, todos los países se beneficiarían igual y recíprocamente de los aumentos de productividad en las actividades exportadoras alcanzadas por sus socios de comercio.

Era ésa la suposición que garantizaba, a nivel ideológico, la existencia de una equidad esencial en el mecanismo de especialización de la producción y de la división internacional del trabajo y que daba credibilidad a los que se pronunciaban —aún en los años cuarenta de este siglo— contra la industrialización de la periferia.

Ahora bien, en el caso de que la premisa clásica se cumpliera, era evidente que, debido a la mayor intensidad de la penetración y difusión del progreso técnico en las actividades industriales, el índice de los términos de intercambio debió haberse movido, en el largo plazo, *contra* los países centrales y a favor de los países periféricos. Como ésto no ocurriera, se demostraba la falsedad de la premisa “clásica” y destruía el argumento utilizado para sustentar la irracionalidad de la industrialización en la periferia.

Fue el proceso según el cual los aumentos de productividad se reparten desigualmente entre los dos países (o grupos de países) que comercian,

⁸ Otro argumento de la CEPAL, muy enfatizado inicialmente por Singer, que con el correr de los años adquirió más notoriedad y en cierto modo vino a oscurecer el anterior, se refería a las disparidades en las elasticidades de la demanda de ingresos, de los países centrales A, por importaciones de productos primarios P y de los países periféricos B por las importaciones de productos manufacturados M, siendo la segunda mucho mayor que la primera. Un tercer argumento poco mencionado por la CEPAL, se refiere a la relativa rigidez o inmovilidad en la oferta que afecta en general a la producción de productos primarios.

⁹ Entre otras cosas, los aumentos de productividad en las actividades exportadoras inglesas para el período analizado (aproximadamente dos últimos decenios del siglo pasado y primera mitad del actual) no serían comparables a los de otras economías más dinámicas, del capitalismo central (Estados Unidos y Alemania, por ejemplo). Por otra parte, la marcada sobrevalorización de la libra en el mismo período podría generar distorsiones en los propios relativos.

que se denominó *intercambio desigual*.¹⁰ Es obvio, pero conviene subrayar (dada la frecuente confusión al respecto), que el intercambio desigual en perjuicio de un país, *no necesariamente* implica deterioro de su índice de los términos de intercambio y viceversa. Los precios relativos de la mercancía M, producida en un país A, y de la mercancía P, producida en un país B, pueden permanecer constantes entre un año y otro pero, simultáneamente, puede ocurrir un intercambio desigual (ampliarse o disminuir) entre ambos países en el mismo período (a favor de A) en el caso de que la productividad en la producción de M haya aumentado más que la productividad en la producción P. O bien B puede estar aumentando, en el caso de que la relación entre los aumentos de las productividades sea inversa. En otros términos, el índice de los términos de intercambio (como la designación lo indica) registra variación de *precios relativos*, mientras que el intercambio desigual se refiere a las variaciones de productividad y de *valores* unitarios.

¿Qué desgracia sufrió el análisis de Prebisch en los escritos de Ruy Mauro Marini?

La teoría del intercambio de R. M. Marini

Marini, *en buen marxismo*, trató de hacer la revolución copernicana: no se debe explicar la desigualdad por el comercio (por el mercado); es preciso detectarla en el sistema productivo. Entretanto, como vimos, Prebisch no la explicaba a nivel de mercado. No hacía derivar del comercio *en sí* la diferencia de precios relativos entre la industria y la agricultura, ni desconocía los avances relativos mayores del progreso técnico en la industria, aunque no menospreciara (como lo hace erróneamente Marini) el hecho del progreso técnico también en la agricultura y en la minería. Introducía en el seno de la explicación, sin embargo, un elemento que si Marini hubiese aprovechado bien los textos cepalinos habría por cierto utilizado: la lucha de clases es el componente dinámico en la explicación del fenómeno. Aunque se considere, por un lado, la capacidad de lucha de los trabajadores industriales en el Centro, así como la defensa por los empresarios de sus intereses monopolistas y, por otro, la

¹⁰ En la formulación de la teoría del intercambio desigual se supone que existe una tendencia a la igualación de las tasas de ganancia así como movilidad del capital, pero no de la mano de obra, a escala internacional. Esta desigualdad no se verifica sólo mediante variaciones en el tiempo, como es el caso del deterioro del índice de los términos de intercambio. Su evaluación es complicada porque está subordinada a la operación de la ley del valor en las relaciones económicas internacionales, problema cuya dilucidación teórica convincente aún está por hacerse. Pero eso no puede servir como pretexto para negar lo que es incontestable, es decir, que debido a diferentes condiciones de la lucha de clases un grupo de países tiende a retener más que otro los aumentos de productividad en sus economías manteniendo o ampliando la brecha existente entre ambos.

debilidad relativa de ambos en la periferia, no se explica que el intercambio desigual sea un proceso que refleje las condiciones reales de las relaciones sociales en las cuales se desarrolla la producción capitalista.

En vez de seguir esta pista, Marini propuso una robusta teoría del intercambio desigual, confundiendo este fenómeno con la tendencia al deterioro de los términos del intercambio. ¿De qué modo?

Los pasos de la dialéctica de Marini son los siguientes:

1. Lo que determina la cuota (tasa) de plusvalía no es la productividad del trabajo en sí, sino el grado de explotación del trabajo (relación entre tiempo de trabajo excedente y tiempo de trabajo necesario).¹¹
2. Siendo así, la reducción del valor en la producción de las mercancías que componen la canasta de consumo de los trabajadores (los *wage-goods* o productos básicos) es el instrumento a disposición del capitalista para aumentar la cuota de plusvalía de que se apropia (puesto que de esa manera se reduce el tiempo de trabajo necesario para reponer la fuerza de trabajo consumida en la producción y consecuentemente se aumenta el excedente). (*op. cit.* p. 26).
3. El aumento de la productividad concurre hacia este proceso, pero no es el único medio para alcanzar el resultado deseado. Con la inserción de América Latina en el comercio mundial como región exportadora de alimentos habría sido posible "(...) reducir el valor real de la fuerza de trabajo en los países industriales, permitiéndose así que el incremento de la productividad se tradujera allí (en los países industrializados) en cuotas de plusvalía cada vez más elevadas" (*Ibid.*, p. 27). O sea, la exportación de productos básicos por América Latina desempeñará un papel significativo en el aumento de la plusvalía relativa en los países industriales (sic).

¹¹ Ya a esta altura Marini tropieza con la utilización de las categorías del análisis económico marxista. Esto no deja de ser sorprendente para quien propuso "disipar la confusión que suele establecerse entre el concepto de plusvalía relativa y el de productividad" (*Ibid.*, p. 24). Así, después de afirmar que la introducción del progreso técnico por un capitalista individual "(...) no modifica el grado de explotación del trabajo en la economía o en el ramo considerado, es decir, no incide en la cuota de plusvalía" (*Ibid.*, p. 25), él nos asegura que: "Si el procedimiento técnico que permite el aumento de productividad se generaliza a las demás empresas y por lo tanto no acarrea tampoco el aumento de la cuota de plusvalía, se habrá aumentado solamente la masa de productos sin hacer variar su valor, o, lo que es lo mismo, el valor de la unidad de producto se reduciría en términos proporcionales al aumento de la productividad del trabajo. La consecuencia sería, por lo tanto, no el incremento de la plusvalía, sino su disminución". (*Ibid.*, p. 25). (Subrayado por el autor).

O sea, la penetración y generalización del progreso técnico reduciría la plusvalía. Esto, sin que se hubiesen elevado, en valor, los salarios (suponiendo que no habría por qué hacerlo) ¡y sin que se hubiese reducido la masa de valor producida!

4. La disminución del valor del capital variable (en los países centrales) proporcionada por las exportaciones latinoamericanas de alimentos, tendría un efecto contradictorio porque elevaría la tasa de plusvalía pero al mismo tiempo aumentaría la composición-valor (orgánica) del capital y *por lo tanto* (sic) tendería a disminuir la tasa de ganancias: Como la cuota (tasa) de ganancias, no puede ser fijada solamente en relación al capital variable, sino sobre el total del capital, la inversión (*anticipada*) sobre el proceso de producción, es decir, salarios, instalaciones, maquinaria, materias primas, etcétera, el resultado del aumento de la plusvalía tiende a ser —siempre que implique, incluso en términos relativos, una elevación simultánea del valor del capital constante empleado para producirla— una baja de la tasa de ganancias. (*ibid.*, p. 28).

5. Después de suponer que la tasa de ganancias en los países centrales tiende a bajar por las razones que apunta, Marini recurre nuevamente a América Latina para salvar la situación, en la medida en que la región exportaba materias primas industriales que habrían abaratado, en valor, el capital constante de los países industriales, contrabalanceando de ese modo la mencionada tendencia a la baja de la tasa de ganancia. Así, según Marini, habría habido en el caso de la exportación de materias primas un proceso que

(...) aparece como la contrapartida —desde el punto de vista de la composición-valor del capital— de la oferta mundial de alimentos. Tal como ocurre con esta última, es mediante el aumento de una masa de productos cada vez más baratos en el mercado internacional que América Latina no sólo alimenta la expansión cuantitativa de la producción capitalista en los países industriales, sino que también contribuye a que se superen los obstáculos que el carácter contradictorio de la acumulación de capital crea para esta expansión. (*Ibid.*, p. 29).

Es éste el primer resultado del análisis de nuestro autor: la inserción de la economía periférica latinoamericana resolvería, de golpe y contradictoriamente, dos dificultades de la explicación relativa a las relaciones centro-periferia; las exportaciones de esta última, al mismo tiempo en que tenderían a bajar la tasa de ganancia de los países centrales gracias a las reducciones de la composición del valor del capital variable (sic), contrabalancearían esta tendencia, porque también abaratarían, en valor, el capital constante empleado por las economías centrales.

Establecida esa tendencia, Marini pasa a demostrar por qué tal mecanismo se asentaría en la superexplotación del trabajo en la periferia. Sigamos su razonamiento:

1. Siendo el incremento de la productividad en la producción de M (máquinas textiles, por ejemplo) mayor que el incremento correspondiente en la producción de P (café, por ejemplo), y transfirién-

dose en menor medida a los precios, estaría habiendo una creciente transferencia de valor de la periferia hacia el centro, ya que una unidad de M se vendería a un precio creciente superior a su valor, dice Marini.

2. Siendo así, la tasa de ganancia en A (país industrializado productor de M) aumenta, mientras que la tasa de ganancia en B (país exportador de P) desciende (sic).
3. Para reaccionar ante esta "caída" de la tasa de ganancia, los capitalistas de los países exportadores de productos primarios tendrían que aumentar la producción física a fin de compensar la masa de valor que habría sido perdida.
4. En el esfuerzo por contrabalancear la "transferencia de valor" excesiva hacia el centro, los capitalistas de la periferia deberían "recurrir necesariamente a una mayor explotación del trabajo, ya sea a través del aumento de su intensidad, o mediante la prolongación de la jornada de trabajo, o combinando los dos procedimientos". (*ibidem*, p. 36).
5. Establecida la "lógica de hierro" de la superexplotación como único mecanismo compensatorio para aumentar la masa de valor y la "cantidad de dinero" producida en el intercambio (¡sic!), "se explicarían" la tendencia al deterioro de los términos de intercambio y el aumento de la oferta de alimentos y materias-primas. Tan seguro estaba Marini del descubrimiento de su ley que reiteró: las naciones desfavorecidas no procuran corregir el desequilibrio entre precio y valor, sino compensar la pérdida de ingresos por la mayor explotación del trabajador.

Criticas a la "Teoría" de Marini

¿Qué decir de los presupuestos de esta dialéctica de la dependencia anclada en la superexplotación como mecanismo de respuesta a la caída en el índice de los términos de intercambio?

Por cierto, como ya lo dijera Prebisch, existe realmente la tendencia al mantenimiento de un diferencial de salarios en perjuicio de los trabajadores de la periferia. Eso es importante económica y políticamente, siempre que se entienda que el fundamento dinámico de esa relación es el proceso de la lucha de clases, y no una férrea ley imaginaria. Pero Marini *invierte* el análisis y tropieza en la lógica. Invierte porque toma como causa, en vez de la historia real, una tendencia que él supone teóricamente existente. Y tropieza porque confunde gato por liebre. Veamos cómo:

En primer lugar, en cuanto a la “tendencia” doblemente contradictoria de los efectos de las exportaciones sobre la tasa de ganancia de los países industrializados, la inconsistencia del análisis es flagrante. Basta un ejemplo:¹² cuando Marini dice (ver punto 4 anterior y la página 28 de su libro—Marini, 1973) que las exportaciones latinoamericanas de alimentos, al abaratar el capital variable y elevar, por lo tanto, la composición orgánica del capital, generan una tendencia hacia que la tasa de ganancia decline, está afirmando justamente lo opuesto a lo que de hecho tendería a ocurrir, de acuerdo con la lógica más elemental del análisis económico basado en los conceptos marxistas. La reducción en valor del capital variable, aun causando un aumento en la composición orgánica del capital (por disminuir el denominador de ese coeficiente), no hace sino elevar la tasa de ganancia, al provocar un fuerte aumento de la tasa de plusvalía (en la medida en que reduce el denominador y aumenta el numerador, simultáneamente, de ese coeficiente).¹³

Así, el movimiento “dialéctico” que, en un solo golpe, explica la dinámica del centro y la inevitabilidad del atraso de la periferia (de allí, por cierto, el entusiasmo de Marini por la *voluntad* de Gunther Frank sobre el “desarrollo del subdesarrollo” que él declara considerar “impecable”) (*ibidem*, p. 18) revela su falta de fundamento teórico.

Nuestro autor no se limita a este engaño teórico. El enredo de los equívocos es grande. Veamos algunos más. En primer lugar, no entraremos aquí en el problema de la *transferencia* de valor a través del comercio exterior, asunto muy complicado que Marini da, con ligereza, por resuelto. Que la cuestión no es simple lo demuestra, entre otros, el hecho de que no habiendo movilidad de la fuerza de trabajo resulta difícil esta-

¹² Además del señalado en la nota anterior y de muchos otros más, cuya exposición sería fatigante.

¹³ En efecto, dado que $r = \frac{Z}{C + V} (1-n)$, siendo r la tasa de ganancias, C el capital constante en valor, V el capital variable en valor, Z el producto total en valor, y $n = \frac{V}{Z}$, es fácil comprobar que una disminución de V provoca, *ceteris paribus*, un aumento de r . No sería lógico suponer, por otra parte, que *porque* disminuye V , gracias a las exportaciones latinoamericanas de alimentos, C tendría que subir. La elevación de r puede demostrarse probando que $\frac{dr}{dv} < 0$, para Z y C constantes.

$$\text{En efecto, siendo } r = \frac{Z - V}{C + V} \frac{dr}{dv} = \frac{-(C + V) - (Z + V)}{(C + V)^2} \\ = \frac{-(C - Z)}{(C + V)^2} < 0$$

blecer, a escala internacional, el concepto de tiempo de trabajo socialmente necesario, lo cual, a su vez, es crucial como requisito para la operación de la ley del valor. Pero los equívocos no llegan a proliferar en un terreno tan sofisticado.

El error central del análisis, no sujeto a las controversias que suscita la cuestión señalada en el párrafo anterior sobre si la ley del valor opera a escala internacional, consiste en suponer, y no habría por qué hacerlo, que el aumento de la productividad en la producción de bienes manufacturados en los países centrales implica *la reducción de la tasa de ganancia en la periferia*. Ahora bien, eso sería inconveniente, porque la importación de productos manufacturados continuaría haciéndose *por el mismo precio* por unidad de producto industrializado. Lo que sucede de hecho no es el encarecimiento absoluto de los productos industriales, sino el mantenimiento de su precio de venta, a pesar de la caída de su valor unitario. La diferencia, obtenida por los aumentos de productividad, se distribuye, de acuerdo con el avance de la lucha de clases, entre los trabajadores y los capitalistas de los países industrializados. Así, el centro se enriquece y la periferia se empobrece, pero *relativamente*. Este proceso no afecta la tasa de ganancia en la periferia y no induce, consecuentemente, a cualquier *inevitabilidad económica* de la tendencia a la superexplotación.¹⁴

Tampoco la transferencia hacia los precios de exportación de los aumentos de productividad generados en la periferia lleva a la disminución de la tasa de ganancia, puesto que el costo unitario de producción bajaría en la misma proporción, siempre que no disminuyera la cantidad de productos vendidos por unidad de capital invertido o que el precio de mercado no cayese proporcionalmente más que el precio de producción interno.¹⁵

¹⁴ La conclusión de que la tasa de ganancia en la periferia se reduce como consecuencia del intercambio desigual es inadecuada en la medida en que la masa de valor producida en ella no se alteró y que, por otra parte, no habiéndose encarecido los productos importados, no se podría decir que C o V se elevaron debido a algún aumento de los precios de sus componentes importados. Recordemos que

$$r = \frac{Z - V}{C + V}$$

¹⁵ Esas suposiciones son necesarias por lo siguiente: puede ser que el aumento de la producción que resulta de la elevación de la productividad (en condiciones de constancia de la cantidad de recursos invertidos) se enfrente con una demanda-precio poco elástica, en cuyo caso podría haber superproducción, permaneciendo una parte de la producción sin venderse y disminuyendo la relación producto-vendido-capital invertido, lo que comprometería la tasa de ganancias. O entonces podría ocurrir una caída desproporcionada de los precios, lo que también comprometería la tasa de ganancias. (No se excluyen, por supuesto, posibilidades que combinan ambas situaciones). Es evidente que los supuestos anteriores tienen que ver con las condiciones de oferta y demanda, solemnemente menospreciadas por Marini (ver nota 18).

Reiterando, a fin de precisar bien el asunto: cuando el índice de los términos de intercambio del país periférico B. se deteriora por causa del intercambio desigual,¹⁶ ésto no significa, *ceteris paribus*, que la tasa de ganancia en B se reduce, o que B está transfiriendo ingresos hacia afuera. En rigor, la disminución de la tasa de ganancia o la transferencia de ingreso se dan a través del deterioro del índice de los términos del intercambio cuando y solamente cuando ésta *no es causada directamente por el intercambio desigual por sí mismo* sino por razones relativas, por ejemplo, a la oferta y a la demanda.¹⁷

Evidentemente, siendo inadecuada la idea de que la tasa de ganancias de los capitalistas de la periferia se reduciría *por que aumenta* la productividad en el centro (el “desarrollo del subdesarrollo”) lo es también la idea de que sólo la superexplotación del trabajador y el aumento físico de la producción salvarían a los capitalistas de la periferia del colapso que su dependencia frente a los países centrales impone.

Pero no paran ahí los equívocos. Todo el análisis de la “superexplotación necesaria” está basada en un presupuesto gratuito: el de que hubo aumento de la producción exportadora en la periferia en condiciones ne-

¹⁶ Conviene señalar que el intercambio desigual implica deterioro del índice de los términos del intercambio para un país determinado cuando y solamente cuando, *ceteris paribus*, el aumento de la productividad en la producción de sus artículos de exportación es transferido a los precios. Cuando el intercambio desigual se da por el aumento de productividad en las actividades exportadoras de los países que con él comercian (sin transferencia a los precios), no hay, *ceteris paribus*, deterioro del índice de los términos del intercambio. Marini no sólo menosprecia el papel del progreso técnico en la exportación de la periferia, cosa que Prebisch y cualquier historiador o economista bien informado nunca hizo, como atribuye el deterioro del índice de los términos del intercambio de los países periféricos al intercambio desigual causado por el aumento de la productividad (no transfiriendo a los precios) en las actividades exportadoras de los países centrales.

¹⁷ Dos de esas posibles razones las señalamos en la nota.⁹ Pero Marini declara que hablar de oferta y demanda constituye una explicación simplista para el fenómeno del deterioro, argumentando que: (...) si bien la competencia desempeña un papel decisivo en la fijación de precios, ella no explica por qué, por parte de la oferta, se verifica una expansión acelerada independientemente de que las relaciones de intercambio se estén deteriorando. (*Ibid.*, pp. 30-31).

El problema, evidentemente, no es simple, pero de ningún modo su solución consistiría en el “hallazgo” de Marini que, antes que nada, confunde ingenuamente intercambio desigual con deterioro del índice de los términos del intercambio. La oferta *puede* expandirse aunque el índice de los términos del intercambio se esté deteriorando y esté habiendo intercambio desigual, siempre que haya una elevación de la productividad que compense, a nivel de los costos, la disminución de precios. Por otra parte, una hipótesis para el aumento de la oferta a largo plazo sin que haya un compensador aumento de la productividad y siendo los precios declinantes, mencionaría los estímulos existentes para aumentar la producción durante las fases expansivas de los ciclos en los países capitalistas centrales así como las dificultades para contraerla durante las fases declinantes, por la naturaleza de la actividad productiva de bienes primarios y, se podría agregar, debido a la falta de oportunidades alternativas de inversiones.

cesarias de productividad decreciente (o estancanda), hipótesis básica para la explicación de Marini sobre la tendencia a la intensificación o extensión de la jornada de trabajo, a salarios constantes.¹⁸ Esta suposición hace caer inadvertidamente al razonamiento de Marini en una trampa: le da un sabor ricardiano, pero engloba argumentos que el propio Ricardo rechazaría. En efecto, para Ricardo, la teoría sobre los rendimientos decrecientes de la tierra no conduce a una inevitable *baja* de salarios, puesto que éstos, para él, estarían regulados por las necesidades de subsistencia, lo que es una suposición razonable para ser adoptada cuando se está lidiando, como en nuestro caso, con modelos estilizados de economías primario-exportadoras con “oferta elástica de mano de obra”.

Esto sin mencionar el horror que sentiría Marx ante la rigidez de un razonamiento que introduce, vía intensificación de la explotación, una nueva “ley de bronce” de los salarios o, por otra parte, ante la idea de los rendimientos necesariamente decrecientes de la tierra, del tipo ricardiano.¹⁹ Pero también: es preciso considerar que hubo aumento de productividad, si no directamente en cada empresa agrícola o minera (y en éstas hubo mucho), por lo menos en las de productividad “social”, como resultado, por ejemplo, de la apertura y acceso a nuevas tierras gracias a las ferrovías de hierro que fueron construidas desde mediados del siglo XIX en América Latina (con enormes repercusiones, por ejemplo, en la economía cafetalera de San Pablo, en Brasil y en la incorporación de tierras, después de la Guerra del Desierto, en la provincia de Buenos Aires, Argentina), de la introducción del alambre de púa para cercar propiedades, de la introducción de técnicas que permitieron el “enfriamiento” de las carnes (*chilled beef*) en la Argentina y en el Uruguay. En fin, todo un elenco de técnicas que aumentaron la productividad en la producción exportadora de América Latina.

En el otro extremo, costaría creer que para compensar la supuesta “transferencia de valor”, en vez de recurrir *exclusivamente* a la intensificación del trabajo, los capitalistas no hubiesen producido más mercancías utilizando el expediente que Celso Furtado mostró que era el básico: simplemente, dada la abundancia de la oferta de tierras y de mano de obra, ¿por qué no incorporar más tierras y más trabajadores (a salarios

¹⁸ Lo que significa, en la práctica, reducción de los salarios por unidad de energía gastada en el trabajo o por hora trabajada.

¹⁹ Por ejemplo, en una carta a Engels, del 7 de enero de 1851, Marx escribía, criticando a Ricardo: “No hay duda de que con el progreso de la civilización se cultivan suelos cada vez peores. Pero es cierto también que como consecuencia del progreso de la ciencia y de la industria esos suelos son relativamente mejores, comparados a las anteriores tierras de buena calidad”. Marx, 1968, II, p. 1502; Edición de Maximilien Rubel).

Y esto lo escribía Marx pensando sólo en el progreso técnico a nivel de las unidades productivas, sin referirse al proceso, posterior a 1850, de la incorporación de nuevas tierras de la periferia, gracias a la “revolución” en los transportes.

iguales, alrededor del nivel de subsistencia) para aumentar la producción? ¿Será que ya en aquella época los capitalistas estaban enredados en la perversidad de la dialéctica de la dependencia y desdeñaban los medios más fáciles y rendidores a su disposición para compensar secretamente el “intercambio desigual” por el látigo cada vez más igual sobre las espaldas de la clase trabajadora?

Finalmente, reiteramos, coronando la sucesión de equívocos, Ruy Mauro Marini, al revelar el “secreto del intercambio desigual” confunde continuamente “deterioro del índice de los términos del intercambio” con “intercambio desigual”, y los dos intercambios no son muy iguales... El último concepto, como vimos, se refiere a las relaciones entre *productividad* y *precios*, así como a la evolución de esas relaciones. Ya el concepto de deterioro del índice de los términos del intercambio se refiere solamente a las variaciones de las relaciones de precios, sin considerar directamente la productividad.

Esperamos que haya quedado claro para el lector que no estamos sustentando la inexistencia del intercambio desigual o la intrascendencia de la evolución de los índices de los términos del intercambio. Solamente conviene no confundir las cuestiones “descubriendo” explicaciones, revelando “secretos” y estableciendo conexiones de modo equívoco, con base en una dialéctica que huye de las cosas para fondear en la metafísica de un palabrerío confuso. Tal procedimiento no implica sólo un error de teoría económica. Sino que elude lo que es básico: la dinámica que deriva de la lucha entre las clases. Esta, por cierto, se desarrolla a partir de contradicciones sociales y económicas (que no son las apuntadas por Marini). Pero es el juego *político* que hace mover en una u otra dirección los parámetros económicos dentro de los cuales se desarrolla la lucha entre las clases. El reduccionismo economicista que hace reposar la imposibilidad de la expansión capitalista de la periferia en límites estructurales del tipo de los señalados por Marini, además de ser, como vimos, falsos teóricamente, matan el nervio del análisis político, llevándolo a basarse en un catastrofismo que no se cumple.

Algunos engaños adicionales (y de hechos)

Dejamos intencionalmente para un comentario final algunas cuestiones que reflejan la falta de cuidado en la fundamentación empírica de las tesis de Marini sobre la dialéctica de la dependencia. Por cierto, los errores teóricos de por sí ya reducen a casi nada el alcance de la explicación propuesta. Más aún, si ellos no existiesen, sería necesario que las hipótesis partiesen de procesos reales. La primera pregunta, en la línea histórica de la comprobación de la tesis sería: ¿es cierto que América Latina exportó productos básicos?

El propio Marini, en nota, presenta estadísticas sobre los productos básicos que Inglaterra importaba (como proporción de su consumo total) alrededor de 1880: 45 por ciento del trigo, 54 por ciento de manteca y queso, 94 por ciento de papas, 70 por ciento de carne (*Ibidem*, pág. 27). No discutamos, por ahora, si el consumo de los trabajadores ingleses excluía productos industrializados. Ni pensemos tampoco, que buena parte de la producción latinoamericana, principalmente en las Antillas y en el Brasil, era realizada por mano de obra esclava, lo que dificulta "algo" el análisis de la transferencia *del valor* entre esta región y el Centro. Basta, como argumento, con observar los datos: de todos los productos listados, América Latina podría tener una participación importante sólo en la exportación de carne (que difícilmente sería bien de consumo importante de los trabajadores ingleses) y de trigo. Peor aún para el argumento de Marini: la carne y el trigo eran exportados del Uruguay y de la Argentina, países que, junto con Australia y Nueva Zelanda, constituían las piezas fundamentales de la división del trabajo entre Inglaterra y su periferia. Que nos conste, no fueron estos países los que se caracterizaron dentro de la periferia por tener burguesías agrarias más débiles y peores niveles de vida para los trabajadores. Por cierto, a pesar de eso, podría haber habido "transferencia de valor". Pero, al creer en la teoría de la superexplotación habría que explicar porqué los demás países de la periferia que no exportaban productos básicos y no cargaban con el peso de la "transferencia del valor" hacia el centro (porque no comerciaban estos productos), continuaron siendo, por mucho tiempo, los más pobres y sus obreros y trabajadores del campo mantuvieron sus salarios más bajos que los de los argentinos y uruguayos...²⁰

²⁰ El lector deseoso de verificar mejor la consistencia del "fundamento histórico" del razonamiento de Marini puede consultar el libro de D.C. M. Platt, *Latin America and British Trade* (Platt, 1973). A título de ejemplo: en 1913 apenas un 16 por ciento de las importaciones británicas se originaban en América Latina (pág. 25). Después de 1880, la participación de la Argentina en el total de las importaciones inglesas de América Latina fue avasalladora. En aquella fecha la Argentina exportaba un millón de libras y América Latina en su conjunto cerca de 19 millones; en 1913, las exportaciones argentinas llegaban a 42 millones, en un total de 76 millones de libras de América Latina en su conjunto. Es de señalar que, fuera de la carne y el trigo, rubros que la Argentina exportaba considerablemente hacia Inglaterra, el Reino Unido daba preferencia a la importación de productos primarios *de sus propias colonias*. Esto podría dar fuerza de verdad a una "dialéctica del colonialismo" como fundamento de la industrialización: no hay nada nuevo. También en este caso, entretanto, es preciso tener cautela. Por lo menos en lo que se refiere a materias primas, como el algodón, los Estados Unidos detentaban, entre 1910 y 1914, el 74.3 por ciento del total de las exportaciones mundiales. Parece, entretanto, difícil sustentar el "desarrollo del subdesarrollo" de los Estados Unidos... No queremos entrar en el detalle de la discusión sobre el papel histórico de las economías periféricas para la acumulación de los países centrales, ni queremos negarlo. Sólo que, para examinar con seriedad la cuestión, no tiene

III. EL SUBIMPERIALISMO Y LAS TINIEBLAS

Planteado, como vimos en la sección precedente, el fantasma de la inviabilidad de la acumulación capitalista en la periferia desde el pasado, ¿cómo explicar la industrialización que está ocurriendo hoy? Nuestro autor no titubeó: si no se expande el mercado interno, la industrialización se hace por la exportación de manufacturas; si no hay acumulación nacional, se importa el capital extranjero. Así, de deducción en deducción, fue elaborando una “nueva teoría”. Le agregó un calificativo antiguo más atrayente, por la fuerza explicativa real que contiene, y contribuyó con un prefijo: *sub-imperialismo*. Después de esta operación, nuevo reduccionismo, esta vez con la política: el militarismo es la consecuencia necesaria de la *etapa actual* del capitalismo dependiente. Así, al contrario del Señor que hizo la luz en las tinieblas, Marini hizo de lo que era claro, oscuridad:

La dictadura militar (...) constituyó el instrumento y el resultado de un tipo de desarrollo que podría denominarse capitalista de estado y *subimperialista* (Marini, 1972, p. 14). * (Subrayado por los autores).

(...) la élite militar que dirigió el golpe (en 1964) no solamente intervino en la lucha de clases sino que también presentó todo un esquema económico-político, el cual consagra definitivamente la fusión de intereses entre ella y el gran capital. Ese esquema es el subimperialismo, la forma que asume el capitalismo dependiente al llegar a la etapa de los monopolios y del capital financiero. (Marini, *op. cit.*, p. 15).

Como se ve, la noción de subimperialismo sería extremadamente abarcadora, trascendiendo, desde luego, el caso brasileño. Y aunque no involucre solamente elementos económicos, como lo aclara el autor, esos elementos están en la raíz de su emergencia y reproducción. Será de ellos, por lo tanto, que trataremos en esta sección, procurando primero identificar cuál es el pensamiento de Marini al respecto cuando analiza el proceso brasileño posterior a 1964. Sus argumentos pueden resumirse en los siguientes puntos:

cabida exponer unos magros datos sobre las importaciones inglesas y, sin más análisis, aventurarse a una teorización sobre el papel de la periferia —dentro de América Latina— en el proceso de acumulación de capital de los países centrales.

* La traducción del texto de Marini (1972) al portugués fue hecha sobre la base de la edición del mismo en español, mimeografiada por el Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Chile, pero la fuente original es la indicada en las referencias.

1. ¿Por qué subimperialismo? Porque Brasil, después de 1964, carecía de una base tecnológica propia —al ser una nación dependiente— y no podía luchar por mercados externos por la fuerza.²¹ Así, La solución encontrada, adecuada a un país dependiente y que convierte su imperialismo en subimperialismo, fue la de ofrecer sociedad a los monopolios extranjeros en la explotación del trabajador brasileño y en las ganancias derivadas de la expansión comercial: es decir, realizar esa política mediante una alianza irrestricta con el capital extranjero. (*Ibid.*, p. 16-17).

2. ¿Cuál es la conexión fundamental entre el subimperialismo y la economía? De acuerdo con el autor, “el problema del mercado constituye el eje del esquema del subimperialismo” (*Ibid.*, p. 15). Veamos cómo:²²

Ya sea por su política de reforzamiento de la alianza con el latifundio o por su política de integración al imperialismo, la burguesía brasileña no puede contar con un crecimiento del mercado interno en grado suficiente como para absorber la producción creciente que resultará de la modernización tecnológica. No le queda otra alternativa que intentar expandirse hacia el exterior y pasa entonces a serle necesario garantizar una reserva externa de mercado para su producción. El bajo costo de la producción que la actual política salarial y la modernización industrial tienden a crear señala en la misma dirección: la exportación de manufacturas. (Marini, 1969, p. 86).

3. ¿De qué forma aquella alianza limita el crecimiento del mercado interno? En lo que se refiere al latifundio por la no realización de la reforma agraria. En cuanto a la integración con el imperialismo, aparentemente, debido primero a la canalización de ganancias hacia afuera del país, lo que impondría a la burguesía la necesidad de sobreexplotar a los trabajadores, para así garantizar su tajada en el producto generado. Segundo, debido a la “intensificación de la renovación tecnológica” que la referida integración implica, la cual,

²¹ Para explicar este aspecto, Marini recurre a un paralelo entre el Brasil después de 1964 y ¡la Alemania nazi! Según él, hasta el gobierno de Castello Branco (1964-67) el programa económico del régimen militar “(...) era similar al que fue aplicado en la Alemania de los años treinta por el nazismo (pero) el Brasil no disponía, en términos relativos, de la base tecnológica de la Alemania de los años treinta, y tampoco podía, como ésta, disputar los mercados por la fuerza”. (*Ibid.*, p. 16). Evidentemente, sería cometer una injusticia analizar la proposición según la cual el programa del régimen brasileño en sus primeros años era semejante al del III^o Reich.

²² Sus explicaciones al respecto, en un libro publicado en 1969 no coinciden exactamente con las que presenta en un artículo y en un libro posteriores, publicados en 1972 y 1973, respectivamente.

según el autor, crearía desempleo, circunstancia que, a su vez, comprimiría tanto la masa como la tasa de salarios. En sus propias palabras:

La política de integración al imperialismo tiene un doble efecto: aumentar la capacidad productiva de la industria, gracias al impulso que da a las inversiones y a la racionalización tecnológica y, en virtud de esta última, acelerar el desequilibrio existente entre el crecimiento industrial y la creación de empleos en la industria.

No se trata, como vimos, sólo de reducir la oferta de empleos para los nuevos contingentes que llegan anualmente (...) al mercado de trabajo: *implica también la reducción de la participación de la mano de obra ya en actividad*, aumentando fuertemente la incidencia del desempleo. (*op. cit.*, p. 113). (subrayado por los autores).²³

4. ¿Cómo quedan los trabajadores y la burguesía en ese esquema?

Los primeros, en una situación insostenible:

La expansión imperialista de la burguesía brasileña tiene que basarse en una mayor explotación de las masas trabajadoras nacionales, ya sea porque necesita de una producción competitiva para el mercado externo, lo que implica salarios bajos y mano de obra disponible, o sea, un elevado índice de desempleo; o porque se procesa juntamente con un aumento de la penetración de los capitales norteamericanos, lo que exige la extracción de una sobreganancia de la clase obrera". (*Ibid.*, pp. 88-89).

O sea, la "expansión subimperialista", que habría partido de una situación de elevada explotación de los trabajadores agravaría aún más ese fenómeno.²⁴

²³ El autor continúa, reiterativo y sentencioso:

La integración imperialista subraya, por lo tanto, la tendencia del capitalismo industrial brasileño que lo torna incapaz de crear mercados en la proporción de su desarrollo y, más aún, lo impulsa a restringir tales mercados, en términos relativos. Se trata de *una agudización de la ley general de acumulación capitalista*, es decir, la absolutización de la tendencia al pauperismo, que lleva al estrangulamiento de la propia capacidad productiva del sistema, ya evidenciada por los altos índices de capacidad ociosa verificados en la industria brasileña inclusive en su fase de mayor expansión. La marcha de esa contradicción fundamental del capitalismo brasileño lo lleva a la más total irracionalidad, es decir, a expandir la producción restringiendo cada vez más la posibilidad de crear para ella un mercado nacional, comprimiendo los niveles internos de consumo y aumentando constantemente el ejército industrial de reserva. (*Ibid.*, pp. 113-114).

²⁴ En este aspecto, Gundher Frank contribuyó al enriquecimiento de la "teoría" del subimperialismo al decirnos que: En los países subimperializados de América Latina la inversión brasileña (?) lleva también a la reducción de los salarios, ya que es la única reacción defensiva posible de la burguesía local. De este modo, el subimperialismo también profundiza las contradicciones existentes entre la burguesía y los sectores de trabajadores de cada uno de esos países. (Frank, 1968, p. 29).

En cuanto a la burguesía, solamente su sector monopolista asociado a los grupos extranjeros se beneficiaría. Este sector, según Marini, “reina soberano” en el “motor del desarrollo” que es la industria de bienes intermedios y de equipamientos” (*Ibid.*, p. 117). El sector de la “burguesía nacional” que permaneciese ligado a las actividades más atrasadas sólo perdería:

La política subimperialista de la gran burguesía que trata de compensar la caída de las ventas internas con la expansión exterior, no puede, sin embargo, beneficiar a la llamada burguesía nacional, la cual, en medio de quiebras y engaños, se vio empujada a una situación desesperada (*Ibid.*, pp. 117-118).

5. Pero la misma lógica económica que lleva al “asalto subimperialista de los mercados externos, conduce también, dentro del más simplista modelo pseudo-marxista, a que el sistema tienda

(...) a subrayar sus aspectos más irracionales, canalizando cantidades crecientes del excedente económico hacia el sector improductivo de la industria bélica y aumentado por la necesidad de absorber parte de la mano de obra desempleada, sus efectivos militares. (*Ibid.*, p. 116).

6. ¿Cuáles serían las consecuencias políticas del fenómeno subimperialista?

Entre otras:

a) “(Puesto que el golpe de 1964 definió una) escisión horizontal de las relaciones de clase (y que) a plazo más o menos corto es inevitable que esa escisión (...) provoque una guerra civil abierta (...), la expansión imperialista de la burguesía brasileña (al intensificar la) explotación imperialista del pueblo brasileño (es factor suficiente para) intensificar la lucha de clases arriesgando la posición de la burguesía” (*Ibid.*, pp. 88-89).

b) (Por otro lado) “la conjunción de los movimientos revolucionarios del Brasil y de los demás países latinoamericanos, es decir, la internacionalización de la revolución latinoamericana, aparece como la contrapartida inevitable del proceso de integración imperialista en su nueva fase inaugurada por el golpe militar brasileño. El hecho de que la marcha de esa integración tienda a escindir cada vez más las relaciones entre las burguesías nacionales y las masas trabajadoras, deja entrever que el carácter de esa revolución, más que popular, será socialista” (*Ibid.*, p. 89).

7. En trabajos posteriores, Marini trató de introducir otros elementos económicos en su análisis, reforzando sus principales conclusiones. Antes de examinarlos, convendría recordar que a fines de los años sesenta varios escritos de la CEPAL y de algunos autores estructuralistas pasaron a atribuir bastante énfasis al papel del sector de bienes de consumo durables —BCD— en el desarrollo reciente

de los países más industrializados de América Latina. Estos trabajos llamaron la atención hacia las disparidades que existirían entre el nivel de ingreso per cápita de esos países y el patrón de consumo implícito en la producción del sector de BCD, cuyas actividades aparecían como las más dinámicas de la economía; los referidos patrones tendían a corresponder a los predominantes en los países capitalistas desarrollados, cuyos ingresos per cápita eran varias veces superiores a los de los países latinoamericanos. En el caso brasileño, algunos análisis subrayaron el papel relevante del sector de BCD en los ciclos de expansión observados desde mediados de los cincuenta. Los trabajos mencionados, parecen haber inspirado a Marini el tratar de sofisticar su análisis del subimperialismo, revelando, no obstante, más imaginación que rigor teórico, capacidad analítica u observancia de los hechos. A través de esa sofisticación el autor pretendió demostrar la *necesidad* del capitalismo latinoamericano de efectuar lo que él denomina “superexplotación” de los trabajadores, la cual, a su vez, constituiría el (...) pilar del esquema del subimperialismo (Marini, 1972, pág. 22). Veamos resumidamente cómo.

8. La base de su razonamiento está en el siguiente párrafo:

Dedicada a la producción de bienes que no entran o entran muy escasamente en la composición del consumo popular, la producción industrial latinoamericana es independiente de las condiciones de salario propias a los trabajadores; esto en dos sentidos. En primer lugar, al no ser un elemento esencial del consumo individual del obrero, el valor de las manufacturas no determina el valor de la fuerza de trabajo; no será, pues, la desvalorización de las manufacturas lo que influya en la cuota de plusvalía. Esto dispensa al industrial de preocuparse por aumentar la productividad del trabajo para, haciendo bajar el valor de la unidad del producto, desprestigiar la fuerza de trabajo y lo lleva, inversamente, a buscar el aumento de la plusvalía mediante una mayor explotación —intensiva y extensiva— del trabajador, así como la reducción de su salario más allá de su límite normal. (Marini, 1973, p. 64).

9. Más adelante, en el mismo texto, Marini trata de rectificar o al menos precisar mejor su análisis, al especificar que, en lugar del conjunto de la industria, las ramas para las cuales

(...) el aumento de la productividad inducida por la técnica (...) no puede traducirse en mayores ganancias a través de la elevación de la cuota de plusvalía, sino solamente mediante el aumento de la masa de valor realizado. (*op. cit.*, p. 72).

son las ramas que producen BCD, las que serían, según el autor, las más vinculadas “a las nuevas técnicas de producción”. Por lo tanto,

La difusión del progreso técnico en la economía dependiente marchará (...) conjuntamente con una mayor explotación del trabajador, precisamente porque *la acumulación sigue dependiendo en lo fundamental más del aumento de la masa de valor y por lo tanto de plusvalía, que de la cuota de plusvalía.* (*Ibid.*, p. 72).

10. Por otra parte, los problemas de realización que ese esquema acarrearía, en la medida en que las ramas que más absorben progreso técnico no venden su producción a los trabajadores, implicarían la necesidad de transferir poder de compra de los trabajadores hacia los grupos más altos, a fin de alimentar la demanda por aquella producción. Esto significa que:

(...) se comprime (...) la capacidad de consumo de los trabajadores (cerrándose) cualquier posibilidad de estímulo a la inversión tecnológica en el sector de producción destinado a atender el consumo popular. (*Ibid.*, p. 73).

O sea, se cierra el círculo vicioso:

La producción basada en la superexplotación del trabajo volvió a engendrar así el modo de circulación que le corresponde, al mismo tiempo que divorciaba el aparato productivo de las necesidades de consumo de las masas. (*Ibid.*, p. 74).

11. De allí nuevamente al subimperialismo habría un paso muy corto:

(...) no pudiendo extender a los trabajadores la creación de demanda para los bienes suntuarios y orientándose antes en el sentido de la compresión salarial, que los excluye de hecho de ese tipo de consumo, la economía industrial dependiente no sólo tuvo que contar con un inmenso ejército industrial de reserva, como que se obligó a restringir a los capitalistas y capas medias altas la realización de las mercancías de lujo. Esto planteará, a partir de cierto momento (que se define nítidamente a mediados de la década de los sesenta) la necesidad de expandirse hacia el exterior, es decir, de desdoblar nuevamente, ahora a partir de la base industrial, el ciclo del capital, para centrar parcialmente la circulación sobre el mercado *mundial*. La exportación de manufacturas, tanto de bienes esenciales como de productos suntuarios, se convierte entonces en una tabla de salvación de una economía incapaz de superar los factores desintegrantes que la afligen. Desde los proyectos de integración económica regional y subregional hasta el diseño de políticas agresivas de competencia internacional, se asiste en toda América Latina a la resurrección de vieja economía *primario-exportadora*. (*Ibid.*, p. 75). (El segundo subrayado es de los autores).

12. Como sería también un paso la emergencia, en el caso brasileño, de lo que el autor denomina textualmente "Estado militarista de tipo prusiano" (i). (*Ibid.*, p. 76).

(...) el aumento del papel del Estado como promotor de demanda (...) en la práctica se da principalmente a través de los gastos mili-

tares, *el único medio efectivo de consumo superfluo* (...). La militarización del capitalismo brasileño no es accidental ni circunstancial. Es la expresión necesaria de la lógica monstruosa del sistema, como el nazismo lo fue para la Alemania de los años treinta. Así como ocurrió con el nazismo, la guerra debe ser su resultado (...) (Subrayado por los autores).

Dentro de un marco teórico y analítico un poco más riguroso y frente a una observación menos ligera de la experiencia brasileña, se puede afirmar que de ninguna manera los fundamentos económicos de esta "teoría" del subimperialismo se mantiene en pie. Es más, oscurecen el sentido de lo que realmente sucedió en el país, dificultan la comprensión de la dinámica del capitalismo en América Latina y, lo que es peor aún (como siempre), tienden a llevar a conclusiones profundamente erróneas en cuanto a las propuestas de acción política.

Los equívocos de los analistas del subimperialismo ilustran bien algunos de los problemas relacionados con la linealidad en el abordaje de la relación entre economía y política, con las dificultades para identificar contradicciones en el terreno en que ellas efectivamente existen y con las deficiencias de análisis económico propiamente dicho. Como el lector más familiarizado con la economía, el marxismo y la historia contemporánea de América Latina comprenderá, es imposible señalar y analizar en pocas páginas todos los equívocos, y tortuosidades del pensamiento expuesto. Intentaremos, sin embargo, mostrar algunos de ellos.

Crítica a la "teoría" del subimperialismo

Recordaríamos, en principio, que no hay por qué deducir que, frente a posibles problemas de realización, la "solución" para una economía capitalista tenga que reposar necesariamente en un creciente saldo positivo de la balanza comercial (export surplus) o también en la demanda autónoma gubernamental de armamentos. La demanda de consumo y de inversiones de los propios capitalistas, los gastos "sociales" y de inversión del gobierno, las políticas de "pleno empleo", el desperdicio en obras o proyectos superfluos no militares, el financiamiento de bienes de consumo a los sectores de poder adquisitivo insuficiente, etcétera, también constituyen alternativas. Y las formas que el sistema va encontrando, creando y reproduciendo para mantener la demanda efectiva, así como las contradicciones que las mismas engendran, no serán el resultado de deducciones abstractas ya mecanicistas, sino de circunstancias histórico-concretas que cabe al analista tratar de identificar.

Así, la forma más rápida de poner en evidencia la fragilidad de la "teoría" del subimperialismo, consiste en comenzar recordando una relación macroeconómica simple, según la cual el Gasto Interno Bruto (GIB) de una economía depende en razón directa del Consumo Privado

(C), de la Inversión (privada y de las empresas públicas) (I), del Gasto del Gobierno (consumo e inversión) (G) y del exceso de Exportaciones (X) de bienes y servicios sobre las Importaciones de bienes y servicios (M), (servicios que excluyen pagos por "servicio de factores", como impuestos y ganancias).²⁵ En términos *ex-post*, GIB es siempre igual al Producto Interno Bruto (PIB), pero en términos *ex-ante*, puede variar de acuerdo con la variación de los componentes mencionados, afectando, en consecuencia, el nivel del PIB. Según está implícito en el análisis del subimperialismo, a partir de mediados de los años sesenta se habría cristalizado en el Brasil la tendencia crónica a que el crecimiento del GIB se desacelerase como consecuencia de la desaceleración de C (lo que también repercutiría negativamente en I), comprometiendo así el crecimiento de las ganancias y del PIB. El régimen militar habría surgido precisamente como respuesta a la crisis provocada por ese problema, debiendo entonces buscar la solución para el mismo vía gastos militares y a través de las exportaciones.

A los gastos militares correspondería, así, independientemente de su función política, haber cumplido un papel fundamental para elevar la demanda efectiva. Como lo afirma Marini, esos gastos representarían, al fin de cuentas, el *único* medio efectivo de gastar en desperdicios (sic). Es de suponer también que en la medida en que hubieran proporcionado aquella elevación, deberían haber implicado un aumento de los gastos públicos como proporción del PIB. Ahora bien, en primer lugar se puede mostrar que durante el régimen militar este aumento o no ocurrió o fue muy pequeño. Como lo indica el Cuadro 1, los gastos pasaron del 21.1 por ciento del PIB en 1959 al 22.5 por ciento en 1973;²⁶ o sea, una elevación del 1.4 por ciento, que pudo, inclusive y probablemente, haberse dado antes de 1964.

Es más, el pequeño incremento que hubo se explicó principalmente por la elevación de los gastos de transferencias, representado por los pagos a la previsión social y cuyo destino principal fue el financiamiento de la construcción de viviendas (vía FGTS — Fondo de Garantía del Tiempo de Servicio) o el pago directo de indemnizaciones, jubilaciones y pensiones.

Aunque sin evidencias muy precisas, parece plausible considerar que los gastos militares *se hayan elevado como proporción del PIB*, debido al aumento en el número de efectivos, en las tasas de salarios y en las compras de equipamientos. Pero esto fue más que "compensado" por la declinación de los gastos en otros ítems (siempre como proporción del PIB), como subsidios (gracias, por ejemplo, a la modificación en la política de precios de las empresas públicas así como a los más "realistas"

²⁵ O sea, $GIB = C + I + G + (X - M)$. En el caso, $(X - M)$ equivale al saldo de la balanza comercial de bienes y servicios, "no de factores". (SBC).

²⁶ Estamos considerando aquí también los subsidios y transferencias oficiales, que en la fórmula del GIB están 'contenidos' en C e I.

precios de las divisas), salarios de los funcionarios públicos (caso en el que hubo inclusive reducción absoluta en términos reales), salud pública, etcétera.

CUADRO 1

GASTOS GENERALES DEL GOBIERNO (EXCLUYENDO EMPRESAS PÚBLICAS),
POR PRINCIPALES CATEGORÍAS, COMO PORCENTAJE DEL PIB

CATEGORÍA	1940	1959	1970	1973
Funcionarios públicos	6.3	6.5	7.3	7.1
Otros bienes y servicios comunes	5.4	5.4	2.6	2.6
Formación bruta de Capital Fijo	4.3	4.1	4.0	3.9
Transferencias y Subsidios	3.1	5.1	8.5	8.9
Total del Sector Público	19.1	21.1	22.4	22.5

FUENTE: Coyuntura Económica (junio de 1975). Citado en Baer, W., R. Newfarmer y T. J. Trebat, 1976.

En ese sentido, los referidos dispendios no provocaron, relativamente, una elevación de la demanda efectiva a través del gasto público, por cuanto tuvieron como contrapartida una reducción en otros ítems de ese gasto.²⁷ Además, conviene notar que las modificaciones en el patrón de financiamiento del sector público desde 1964, provocaron una constante reducción del déficit presupuestario, al punto de que éste desaparece prácticamente a partir de 1970 y se transforma en superávit desde 1972. Esto sin contar que el déficit ya venía siendo sobrefinanciado desde 1969 por la colocación de títulos de la deuda pública. En ese sentido, al contrario de lo lógicamente previsto en el “modelo” subimperialista, el sector público pasó a actuar como factor de *absorción de demanda efectiva*.²⁸

²⁷ En lo que se refiere a la fabricación de armamentos, que Marini asegura que tiende a constituir uno de los pilares de la economía a partir de la instauración del régimen militar, lamentablemente no encontramos datos estadísticos que pudiesen dar una idea de su significado. Marini tampoco los presenta y probablemente tampoco los tiene. Pero no se necesitan datos precisos para considerar como una extravagancia tanto la insinuación de un paralelo, en ese terreno, entre la economía brasileña después de 1964 con la alemana de los años treinta, en cuanto a la idea de que la industria bélica vino a constituirse en el (o en un) puntal, junto con las exportaciones, de la expansión de la economía.

²⁸ Así, no tendió a configurarse en absoluto una “*fiscal crisis of the state*” en el Brasil después de 1964, resultado éste que se obtuvo, en desmedro de las “funciones sociales” del gobierno y gracias a un significativo incremento en sus recursos.

En lo que se refiere a las exportaciones, el indicador más correcto para evaluar la hipótesis subimperialista no consiste, como parecen suponer sus formulistas, en un simple examen de la evolución del impacto de las ventas externas en el GIB. Lo que interesa considerar es, sobre todo, la diferencia entre exportaciones e importaciones (SBC), o sea, la magnitud del *export-surplus*. Solamente cuando éste fuera positivo estará contribuyendo positivamente al nivel del GIB y solamente cuando crezca estará incidiendo positivamente en el crecimiento del GIB.

Ahora bien, como lo indica el cuadro 2, la contribución del SBC al nivel del GIB presentó una tendencia clara a la disminución entre 1965

CUADRO 2

BRASIL: CONTRIBUCIÓN DEL SALDO DE LA BALANZA COMERCIAL (SBC) AL GASTO INTERNO BRUTO (GIB) (MILLONES DE CRUZEIROS DE 1970 Y PORCENTAJES)

	SBC*	$\frac{SBC}{GIB} (\%)$	Variación del SBC (1)	Variación del GIB (2)	$\frac{(1)}{(2)} (\%)^{***}$
1965	1387.6	0.9	—	—	—
1966	394.0	0.2	— 993.6	2802.6	—35.4
1967	— 735.3	—0.4	—1129.2	8290.5	—13.6
1968	— 925.9	—0.5	— 190.7	17497.3	— 1.1
1969	— 123.5	—0.06	802.4	17288.9	+ 4.6
1970	— 816.1	—0.4	— 692.6	16872.4	— 4.1
1971	— 4375.4	—2.0	—3559.3	27704.0	—12.8
1972	— 3459.3	—1.3	+ 916.1	27704.0	3.3
1973	— 3040.0	—1.0	+ 418.5	36661.0	1.1
1974	—14214.2	—4.3	—9526.4**	38743.9**	—24.6
1975	—10918.6	—3.1	—	—	—

FUENTE: Calculado a partir de datos básicos de las Cuentas Nacionales, *Coyuntura Económica*, julio de 1977.

* Valor de las exportaciones de bienes y servicios menos el valor de las importaciones de bienes y servicios. No incluyen los pagos a "servicios de factores".

** Valor medio de 1974-1975 menos el valor de 1973.

*** Indica qué proporción del crecimiento del GIB entre el año n y el año $n-1$ fue explicada por la variación del SBC entre esos mismos años.

y 1975, siendo *negativa* a partir de 1967; en 1965 y 1966 fue positiva pero insignificante (menos del 1 por ciento). Otro tanto se puede comprobar por la contribución de la variación año a año del SBC sobre el crecimiento del GIB, la que fue *negativa* en todos los años anotados, excepto en tres y en esos casos también insignificante,²⁹ en contraste con la dimensión absoluta del impacto negativo en los años restantes.³⁰ Por lo tanto, el SBC funcionó como factor no de elevación de la demanda efectiva doméstica, es decir, de absorbedor excedente, sino como factor de elevación (y cambio de composición) de la oferta, ocurriendo exactamente lo *opuesto* a lo previsto en los análisis del subimperialismo.

En realidad, las propuestas de esos análisis no se sustentan *aunque* se considerase, para comprobarlas, el indicador más precario, por no decir erróneo, representado por la sola evolución de las exportaciones. Estas crecieron aceleradamente entre 1965-1975, pero explicaron solamente un *octavo* del crecimiento del GIB.³¹

¿Qué decir de las exportaciones de manufacturas, que, según Marini debieron ser la “tabla de salvación” de la economía a partir de mediados de los sesenta en la medida en que permitirían contrabalancear los efectos del subconsumo? Su contribución al crecimiento del GIB fue absolutamente insignificante, porque explicaron tan sólo un tercio del crecimiento de las exportaciones totales (Cuadro 3), las cuales, como dijimos antes, explicaron, a su vez, solamente un octavo del crecimiento del GIB.

Inclusive en relación al aumento de la producción industrial la contribución de las exportaciones de manufacturas no fue importante, algo menos del 3 por ciento, según el Cuadro 4.³² Entre estas exportaciones predominan las originarias de las industrias “tradicionales” (alrededor de un 50 por ciento), donde, dicho sea de paso, la llamada burguesía

²⁹ Por ejemplo, en 1969, año en que la contribución fue mayor, la variación del SBC con relación a 1968 implicó solamente un 4.6 por ciento del aumento total del GIB.

³⁰ Considerando sólo los años extremos del período, la contribución del SBC al crecimiento total del GIB fue *negativa*, del orden del 6 por ciento.

³¹ Dato obtenido a partir de la fuente indicada en el Cuadro 2.

³² Otras fuentes sugieren que la referida contribución puede haber sido mejor, pero en todo caso siempre en el nivel de un dígito (tal vez entre un 4 y 6 por ciento) lo que sigue representando una proporción reducida. Para algunas ramas aisladas, principalmente del grupo de las “tradicionales”, como indumentaria y calzado —y no para las de BCD, como predijo el análisis del subimperialismo— la contribución fue más relevante. Para las actividades productoras de BCD, a pesar del crecimiento rápido de sus exportaciones a partir de 1970, la contribución no tuvo mayor significación. Y ese crecimiento rápido se debió menos a problemas de demanda interna, que como señal creció aceleradamente, y más a los incentivos y presiones gubernamentales así como a la división regional del trabajo de empresas multinacionales, y al hecho aritmético de que partían un monto reducido.

CUADRO 3

EXPORTACIONES BRASILEÑAS
(VALORES EN MILLONES DE DÓLARES CORRIENTES, VARIACIONES ANUALES
EN PORCENTAJES)

	<i>Productos Primarios</i>		<i>Productos Industriales</i>		<i>Total</i>	
	<i>Valor</i>	<i>Variación</i>	<i>Valor</i>	<i>Variación</i>	<i>Valor</i>	<i>Variación</i>
1964	1,340.5	...	89.3	...	1,429.8	...
1965	1,466.5	9.4	129.0	44.5	1,595.5	11.6
1966	1,598.6	9.0	142.5	10.5	1,741.4	9.1
1967	1,490.2	— 6.8	163.8	14.9	1,654.0	— 5.0
1968	1,706.3	14.5	175.0	6.8	1,881.3	13.7
1969	2,066.5	21.1	244.7	39.8	2,311.2	22.9
1970	2,373.2	14.8	365.7	49.4	2,738.9	18.5
1971	2,381.0	0.3	522.9	43.0	2,903.9	6.0
1972	3,160.9	32.8	830.3	58.8	3,991.2	37.4
1973	4,864.8	53.9	1,334.4	60.7	6,199.2	55.3
1974	5,804.5	19.3	2,146.7	60.9	7,951.2	28.3
1975	6,165.1	6.2	2,504.8	16.7	8,669.9	9.0
1976	7,579.8	22.9	2,550.6	1.8	10,130.4	16.8

FUENTE: Secretaría de Planeamiento de la Presidencia de la República.

CUADRO 4

PRODUCCIÓN Y EXPORTACIONES INDUSTRIALES
(EN MILLONES DE CRUZEIROS DE 1970)

<i>Años</i>	<i>Producción Industrial (a)</i>	<i>Exportaciones Industriales (b)</i>
1965	57 366	1 105
1966	65 456	982
1967	65 552	1 303
1968	76 630	1 363
1969	84 600	1 774
1970	95 513	2 459
1971	109 076	2 790
1972	128 927	3 887
1973	149 298	4 023
1974	160 645	4 046
1975	166 589	4 484

FUENTE: Bonelli, R. y P. Malan, 1976.

nacional³³ tiene un peso nada despreciable, beneficiándose por lo tanto con la apertura exportadora de la economía, al contrario de lo que sentenciaba Marini.

En realidad, en el Brasil, la componente fundamental del crecimiento de la demanda (en términos *ex-post*) fue, en vez del *export surplus* o de los gastos militares, el *consumo privado*, cuyo crecimiento, entre 1965-75 explicó casi dos tercios del aumento del GIB. Y ésto se debió a factores del tipo elevación del ingreso de los grupos medios altos, financiamiento al consumo, crecimiento del empleo, etcétera.

Este último aspecto, el del empleo, nos remite, de paso, a la aberrante suposición que Marini utiliza en su versión más "cruda" de la teoría del subimperialismo, para explicar la estrechez del mercado interno: que la penetración del capital extranjero en la industria interna, al implicar mayor utilización de tecnología moderna, llevaría a la *reducción absoluta* del nivel de ocupación. Como lo indicó el último censo industrial, entre 1959 y 1970 el empleo industrial aumentó en un 50.2 por ciento, no obstante el relativo estancamiento del sector entre 1962 y 1967. Y de 1966-67 a 1972-73 el aumento de la ocupación manufacturera alcanzó el promedio de crecimiento anual del 9 por ciento.³⁴

Evidentemente, el hecho de no haber sido significativo como componente de la demanda global, no implicó que el aumento de las exportaciones fuese irrelevante para el crecimiento de la economía en el período analizado. Al contrario, su notable dinamismo, indicado en el Cuadro 3, representó un papel *cualitativo* crucial para la performance de la economía. Pero la motivación gubernamental al montar una formidable batería de incentivos y estímulos a las exportaciones, no fue la de elevar la demanda efectiva global y sí, primordialmente, la de generar las divisas indispensables para obtener la deseada apertura de la economía, en términos de importaciones, endeudamiento, formación de reservas y mayores inversiones extranjeras. Y, cabe señalar, es precisamente el peso en términos de salida de divisas que esa apertura representó y que no puede ser contrabalanceado por mucho más tiempo por las entradas, aunque rápidamente crecientes, de las exportaciones, lo que seguramente obligará a la política económica a orientarse en el sentido de la creación de un *export surplus* en los próximos años, no con el propósito de elevar la demanda efectiva sino para que la economía, dado el estilo en que se desarrolló, pueda pagar el precio de "haber vivido más allá de los medios", para usar una expre-

³³ Inclusive sus sectores "menos" monopolistas. Como señal un informe del IPEA, refiriéndose probablemente a 1973, cerca del 80 por ciento de las exportaciones de las empresas privadas nacionales son afectadas por firmas considerada pequeñas y medianas (Doellinger y Cavalcanti, 1975, p. 72).

³⁴ De acuerdo con los datos del Boletín del SEPT, Ministerio de Trabajo. Incluso evitando la base 1966-67, cuando el nivel de la actividad industrial aún era muy bajo, las tendencias al crecimiento del empleo manufacturero se mantuvieron elevadas' 7 por ciento anual entre 1969-70 y 1972-73.

sión grata a la derecha cuando critica a gobiernos de orientación más populista.

IV. LA "TEORÍA" DE LA SUPEREXPLOTACIÓN DEL TRABAJO (O LA PLUSVALÍA QUE NUNCA ES RELATIVA)

¿Qué decir en relación a la "lógica de hierro" de la superexplotación del trabajo, que, dentro de la dialéctica de Marini, pasó de consecuencia del intercambio desigual a fundamento del subimperialismo (en su versión menos cruda), representando, según el autor, el rasgo esencial del capitalismo dependiente?

En principio, conviene dejar establecido que en el Brasil la concentración del ingreso durante la vigencia del régimen militar, aumentó; el funcional, a favor del capital, el personal, a favor del 5 por ciento de los de mayores ingresos y el correspondiente a salarios y comisiones, a favor de los grupos más altos de la jerarquía de las empresas. Fue determinante, en ese proceso, la supresión, mediante la represión, de las libertades de organización, representación política y protesta de los sectores populares, incluidos los sindicatos, que fueron llevados a una situación de impotencia. En los primeros años del régimen hubo inclusive una reducción absoluta de las tasas de salarios de grupos considerables de trabajadores, especialmente de los menos calificados, habiendo la recuperación de los niveles reales anteriores, si es que llegó a completarse, tenido lugar en forma lenta, irregular y penosa,³⁵ no obstante el veloz y sostenido aumento de la productividad media de la fuerza de trabajo, desde 1968 inclusive.

Es plausible, por otro lado, el diagnóstico de corte estructuralista que subraya: a) los BCD se han constituido en un (o incluso *en el principal*) eje dinámico de crecimiento de la economía desde hace casi veinte años—fenómeno que, con diferencias de tiempo y algún énfasis, se ha repetido en otros países de América Latina— así como b) que hay una disparidad "atípica"—tomándose como referencia los países capitalistas desarrollados— entre las formas de consumo "moderno" que se han difundido y que en gran parte se asocian a los BCD, y el ingreso medio de muchos países de la región (y, obviamente, las remuneraciones de la fuerza de trabajo).

Las dos premisas estructural-cepalinas³⁶ nos parecen correctas, pero el razonamiento que desarrolla y las conclusiones a que llega Marini a

³⁵ Para los datos y la discusión sobre la evolución de la distribución del ingreso y de los salarios, ver: DIEESE, 1975; Suplicy, 1977; Bacha y Taylor, 1977 y Macedo, 1977.

³⁶ Ver, por ejemplo, CEPAL, 1969 y, entre otros, los diversos trabajos de Aníbal Pinto y Celso Furtado.

partir de ellas, constituyen el ejemplo típico de la inhabilidad para retener el carácter contradictorio de todo proceso económico-social y se basan en la correlativa propensión a llevar siempre al límite las tendencias que se manifiestan en determinadas fases del referido proceso, aprisionándolas, estáticamente, bajo la forma de supuestas "leyes". Veamos cómo.

En principio, es útil recordar que es válida a un cierto nivel de abstracción³⁷ la idea que Marini toma prestada del análisis económico de tradición marxista según el cual si no es posible reducir el costo a valor-trabajo de la mano de obra mediante la reducción del valor de las mercancías necesarias a su subsistencia (suponiendo su salario real constante), la tasa de plusvalía sólo puede aumentar mediante una extensión de la jornada de trabajo,³⁸ o mediante una reducción de los salarios (en valor y también en términos reales, puesto que el valor unitario de las mercancías que el trabajador consume no cambió). Es sobre la base de esa premisa teórica que Marini, suponiendo que la mano de obra no consume (o lo hace mal) productos industriales, concluye en que no hay manera de que la industria eleve el excedente por trabajador a no ser a través de uno de los expedientes señalados. En esa circunstancia, según afirma Marini, el industrial dejaría de lado inclusive la preocupación por el aumento de la productividad del trabajo, porque ese aumento reduciría el valor (trabajo) unitario de mercancías que los trabajadores no consumen, no permitiendo, por lo tanto, el aumento de la tasa de plusvalía. Y si ésta no se eleva ¿cómo acumularía el industrial? El se ve obligado, por lo tanto, a aumentarla "a la fuerza", superexplotando la mano de obra, vía aumento de las horas trabajadas y/o de la reducción de su salario. O sea, no existiría la posibilidad de que se produzca plusvalía relativa, quedando sólo la plusvalía absoluta. En ese sentido, la sobrevivencia y la expansión del capitalismo dependiente estarían condicionadas a la extensión de la jornada de trabajo y/o a la reducción absoluta de los salarios reales.

Enumeremos algunos de los equívocos que están por detrás de esa conclusión.

1. Lo que interesa al industrial no es la tasa de *plusvalía* y sí la tasa de *ganancia*, la cual representa, para el comportamiento del empresario, el elemento fundamental del movimiento de la economía capitalista. Y aunque no pudiera elevar su tasa de plusvalía, debido a que los trabajadores no consumen sus productos, la industria podría elevar su tasa de ganancia, mediante el abaratamiento en valor del capital constante (para seguir dentro de la concepción marxista), o sea, la elevación de la productividad de la fuerza de trabajo empleada en su producción. En ese caso, aumentaría la relación producto-capital

³⁷ Por ejemplo, no considerando los problemas de transformación de valor en precios.

³⁸ Sin que el salario-hora se mantenga, supuesto que Marini se olvida de hacer.

en valor,³⁹ manteniéndose constantes la productividad del trabajo y la tasa de plusvalía (suponiendo que los salarios no se eleven en valor). Y la tasa de ganancia se elevaría *no obstante* la constancia de esas dos últimas relaciones. ¿Cómo se podría abaratar el capital constante en valor? Mediante la mejora en la calidad o por el uso más eficiente (por ejemplo debido a economías de escala) del capital constante empleado en el sector que *produce* capital constante. Con eso se elevaría la productividad de la fuerza de trabajo ocupada en ese sector sin aumentar la relación producto-capital en valor o la tasa de ganancia del sector; tampoco se alteraría la tasa de plusvalía.⁴⁰ Además, la industria podría apropiarse de plusvalía elevando la productividad en las fábricas de los bienes que vende, por ejemplo, a la agricultura, sin transferir los resultados de ese aumento a los precios y financiando a los agricultores la compra del aumento de la producción que resultó del incremento de la productividad; o, también, en caso de reducirse los precios, podría elevar su tasa de plusvalía gracias a la

³⁹ Se dice relación producto-capital *en valor* sólo para indicar que los elementos que entran en su determinación están medidos en valor, y no, evidentemente, porque ella sea medida en valor. se puede mostrar fácilmente que $r = \alpha (1-n)$, siendo r la tasa de ganancia, α la relación producto-capital en valor y no la participación de los salarios en el producto (también en valor). Suponiendo que n es constante (o sea, de plusvalía constante) un aumento del uno por ciento en α provoca similar elevación en r , teniendo efecto idéntico al de la disminución del uno por ciento en n . A su vez, la variación de n es exactamente igual a la tasa de plusvalía, con el signo cambiado. Supusimos que la tasa de ganancia se calcula sólo a partir del capital constante; de lo contrario la fórmula sería igual a la presentada en la nota. Pero éso no altera lo fundamental de nuestro razonamiento.

⁴⁰ Nótese que en este caso la productividad del trabajo se eleva sin que haya aumentado, necesariamente, la composición orgánica del capital, circunstancia que Marini parece considerar imposible, cuando, por ejemplo, escribe que: "El concepto de subimperialismo (...) apunta a la especificación de cómo incide en la economía dependiente la ley según la cual *el aumento de la productividad del trabajo (y por lo tanto de la composición orgánica del capital)* acarrea un aumento de la superexplotación" (*Ibid.*, p. 99). (Subrayado por los autores).

En efecto, el aumento de la productividad del trabajo como consecuencia del aumento de la composición orgánica es sólo *una* de las alternativas. Un dominio tan frágil de las categorías marxistas continúa siendo sorprendente en quien se propone formular "leyes" del desarrollo capitalista en la periferia e inclusive acelerar "el parto de la teoría marxista de la dependencia" (*Ibid.*, p. 101; ver también p. 99). Su confusión conceptual y aritmética llega al punto de llevarlo a decir que: "El desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, que implica producir más en el mismo tiempo y con un mismo gasto de fuerza de trabajo, reduce la cantidad de trabajo incorporada al producto individual y reduce por lo tanto su valor, afectando negativamente la plusvalía". (*Ibid.*, p. 95).

Ahora bien, es evidente que si la masa de valor producido no decrece, y no habrá porqué suponer lo contrario, y si el salario en valor de la fuerza de trabajo no aumenta (el real sí podría aumentar) y no habría porqué suponer lo contrario, la plusvalía no se reducirá.

devaluación de los productos básicos debida, a su vez, al abaratamiento (o mejora de la calidad) de los bienes industriales que la agricultura adquiere (suponiendo salarios reales constantes en la industria y en la agricultura y que la agricultura transfiere por lo menos parte de su aumento de productividad a los precios).⁴¹

Así, Marini reveló desconocer el papel que puede desempeñar el progreso técnico en la producción de las mercancías que integran el capital constante y de allí en la elevación de la productividad y de la tasa de ganancias,⁴² papel que históricamente fue vital para el desarrollo del capitalismo. Para éste, la “devaluación” o la “mejora” del capital constante puede ser tan importante como la devaluación directa de los productos básicos. De eso resulta que aun si la hipótesis de que los trabajadores no consumen productos industriales fuese correcta, esta circunstancia no bloquearía *necesariamente* el desarrollo capitalista ni llevaría *necesariamente* a que la única “solución” para el sistema consista en el aumento de la jornada de trabajo o en la reducción absoluta de los salarios. Entiéndase: ésto no significa que en ciertas coyunturas específicas de una economía capitalista —como en el caso brasileño de los años sesenta—⁴³ la referida reducción sea prescindible. Pero entre eso y la deducción de que el dilema “superexplotar o perecer” se transforma en una ley que se repone inexorablemente, hay una distancia enorme, ocupada por la falta de rigor teórico y de agudeza analítica.

2. A partir de la suposición de que los trabajadores no consumen bienes manufacturados, concluir que los industriales no se interesarían por aumentar la productividad de la fuerza de trabajo, no constituye una aberración solamente teórica. En el Brasil, entre 1959 y 1970 la productividad de la fuerza de trabajo industrial se elevó en un 75 por ciento (Bonelli, 1975, Apéndice). Por otro lado, el número de horas trabajadas por semana aumentó en el mismo período cerca de un 4.4 por ciento (Bonelli, *op. cit.*) lo que no podría explicar más que

⁴¹ El razonamiento para la agricultura puede extenderse al sector productor de productos básicos en general, incluyendo actividades industriales.

⁴² Recapitulando: el abaratamiento del capital constante, sin alterar su calidad y la eficiencia de su uso, lleva a un aumento de la tasa de ganancias, manteniendo la productividad del trabajo constante; la mejora de la calidad o del uso del capital constante en el sector productor de capital constante no aumenta la tasa de ganancia sino la productividad del trabajo, disminuyendo el valor unitario de su producción. Pero ésto permite el abaratamiento de esos bienes, que lleva al aumento de la tasa de ganancia. Estamos suponiendo en ambos casos que la tasa de plusvalía no se altera. Evidentemente, una combinación simultánea de ambos fenómenos (abaratamiento y mejora de la calidad o del uso) puede llevar a un aumento simultáneo de la tasa de ganancia y de la productividad del trabajo.

⁴³ Ver, al respecto, Tavares y Serra, 1970.

una pequeña parte del aumento en la tasa de explotación. Esto desmiente la idea que atribuye un papel crucial del aumento de la jornada de trabajo para explicar el crecimiento que hubo.⁴⁴

3. Además, es erróneo suponer, como lo hace Marini, que los productos industriales son irrelevantes en la canasta de consumo de la masa de trabajadores. A través de una investigación sobre el modelo de vida de la clase trabajadora de la ciudad de San Pablo (DIESSE, 1974) se comprobó que en 1969-70 cerca del 32 por ciento de los gastos de las familias cuyo ingreso era inferior a 3.1 salarios mínimos eran destinados a productos y servicios diferentes de alimentación y vivienda, siendo que solamente para indumentaria y equipamiento doméstico eran destinados el 13.6 por ciento de los gastos. Para las familias cuyo ingreso variaba entre 3.1 y 6.2 salarios mínimos, esos porcentajes eran del 37 y 15.5 por ciento respectivamente. No habría que ignorar, además, que parte de los alimentos son semi-industrializados y que aun para los que no lo son, el proceso de producción, transporte y comercialización, requiere insumos industriales.
4. Cuando Marini se corrige diciendo que donde "el aumento de la productividad conducida por la técnica no puede traducirse en ganancias" es en el sector BCD (y no en el conjunto de la industria), no hace más que renovar sus equívocos. En efecto, parte de lo que mencionamos en relación al conjunto de la industria, vale para el sector de BCD: aun admitiendo que los trabajadores prácticamente no consumen sus productos, ese sector puede elevar la tasa de ganancias mediante la "devaluación" de su capital, y aumentar la productividad, mediante la mejora de la calidad o del uso más eficiente de su capital. Incluso con la debida cautela por el hecho de que la relación producto-capital en valor o en precios no significa lo mismo, es interesante comprobar el aumento considerable de ese coeficiente, calculado a través de precios constantes, en las ramas representativas del sector de BCD (ramas de material eléctrico y transportes) entre 1959 y 1970 cerca del 12 por ciento. (Bonelli, 1975, Apéndice)⁴⁵

⁴⁴ No se dispone, evidentemente, de estimaciones en cuanto al aumento de desgaste de energía de la mano de obra por hora trabajada. Pero sería irrealista suponer que su virtual aumento pudiese explicar una parte significativa de la elevación de la productividad.

⁴⁵ En el caso particular de la industria de materiales de transporte, si la participación de los salarios en el producto (valor agregado) hubiera realmente aumentado de 30.8 a 35.8 por ciento durante el período citado (lo que constituyó casi una excepción dentro del conjunto de la industria, porque en 18 de las 21 ramas del sector la referida participación habría bajado) sería precisametne el aumento de la relación producto-capital (en precios) el factor que impidió que la tasa de ganancias declinase en razón de la mayor participación de los salarios en el producto y hasta contribuyó a un pequeño aumento de la referida tasa. (Los datos son de Bonelli, *op. cit.*).

Pero no fue solamente la relación producto-capital lo que aumentó. También lo hizo la productividad del trabajo, y en proporción mayor que la del conjunto de la industria (ver Bonelli, *op. cit.*), aunque Marini haya considerado que eso sería inútil para el sector; nótese, además, que para ese aumento la contribución de la extensión de la jornada de trabajo no fue significativa.

5. Por último, dentro del acopio de equívocos, recordáramos aún la idea de Marini según la cual al comprimirse la capacidad de consumo de los trabajadores "se cierra *cualquier* posibilidad de estímulo a la inversión" (subrayado nuestro) en el sector productor de productos básicos, circunstancia que, fatalmente, impediría que el sector industrial aumentase su tasa de plusvalía a través de la "devaluación" de las mercancías destinadas a la reproducción de la fuerza de trabajo, cerrándose, así, el círculo vicioso de la superexplotación. No tanto.

Es muy cierto que podría existir una gran correlación entre ritmo de crecimiento de la demanda por cierto tipo de bienes y la intensidad de penetración del progreso técnico en su producción. Pero de allí a deducir una ley que asegure la imposibilidad de que lo segundo ocurra sin que haya una demanda dinámica, hay una distancia enorme. Sobre todo si, como insinúa Marini, el capitalismo dependiente estuviera al borde del colapso debido a la progresiva elevación de los precios relativos de los productos básicos, la cual derivaría de la constancia de los valores unitarios de esos bienes, mientras que las demás mercancías, con el acceso al progreso técnico, se irían desvalorizando. Si ésto ocurriese de hecho ¿qué otro poderoso aliciente habría para elevar la productividad en las actividades productoras de productos básicos?

Pero después de contradecirse con la lógica, Marini se contradice de nuevo con los hechos. Notemos que a lo largo de los años sesenta las industrias de productos básicos estuvieron, es cierto, por detrás de las otras y del promedio del sector industrial en lo que se refiere a inversión y crecimiento. Esto sería de esperar, tanto debido al papel subordinado de esas ramas en el proceso de acumulación capitalista, como por las elasticidades de la demanda (dado el patrón de distribución del ingreso prevaleciente) y por la compresión salarial que tuvo lugar. Pero su crecimiento a lo largo de la década así como las inversiones realizadas en ellas no fueron despreciables, del mismo modo que no lo fueron la elevación de la productividad del trabajo y, por lo tanto, la "devaluación" de los bienes producidos: entre 1959 y 1970 el producto real de las ramas más representativas de los productos básicos (textiles, indumentaria y calzado, alimentos, bebida y tabaco) aumentó en un 80 por ciento, la productividad del trabajo en un 46 por ciento y la reserva de capital en un 90 por ciento (promedio no ponderado). Y esta tendencia se acentuó a partir de la recuperación del dinamismo del crecimiento industrial, dados los efectos

de éste sobre el empleo y la tasa de salarios, actuando en el mismo sentido los incentivos a las exportaciones de manufacturas. Así, entre 1969 y 1973 la producción de bienes de consumo no durable —BCND— se elevó al 12.3 por ciento al año (ver Malan y Bonelli, 1976, p. 372) y es de presumir que en ese cuatrienio la inversión y productividad en las ramas correspondientes aumentaron acentuadamente. Se diría, con razón, que parte de ese dinamismo se explica por el crecimiento de las exportaciones que, solamente para los textiles, se elevaron dos veces y media en cuantía entre 1970-1974 (*Coyuntura Económica*, febrero de 1977). Pero el argumento no es ése.

Lo fundamental es que no hubo congelamiento tecnológico del sector de BCND ni, mucho menos, estancamiento de la productividad de la fuerza de trabajo ocupada en él. El supuesto círculo vicioso de la superexplotación no se cierra, por lo tanto, por allí.⁴⁶

Las consideraciones anteriores, al mismo tiempo que diluyen los determinismos más simplistas de la “ley” de la superexplotación, abren también el espacio para la introducción de otros elementos relacionados con la evolución de la estructura productiva y de los salarios de los trabajadores. Dada, sin embargo, su complejidad, escaparía a los límites de este artículo analizarlos aquí, razón por la cual dejaremos sólo indicadas algunas cuestiones pertinentes al asunto.

Cuando se pregunta, por ejemplo, por qué la modernización y la “devaluación” que hubo no permitieron ni crearon condiciones para una política salarial “menos dura”, habría que tomar en cuenta que la relación producto-capital (en precios constantes en el sector de BCND *dis-*

⁴⁶ En el fondo, el engaño de Marini, aunque accidentalmente, guarda familiaridad con el modelo ricardiano simple, según el cual los trabajadores sólo consumen un tipo de producto, no industrial, cuya producción no se beneficia del progreso técnico y que está sujeta a rendimientos decrecientes, siendo la tasa de ganancias determinada por la productividad del trabajo en la tierra marginal (dados los salarios, que están regulados por el nivel de subsistencia y son por lo tanto premisas constantes en términos reales). La diferencia más importante con ese modelo es que Marini no supone que los rendimientos en la producción de productos básicos sean decrecientes. Por otra parte, para Marini, la tasa de ganancia no es necesariamente descendiente como en el modelo ricardiano, pero tampoco tiene cómo elevarse a no ser mediante la reducción de los salarios y el aumento de la jornada de trabajo (que Ricardo toma como invariantes). Pero los errores básicos son parecidos: primero la suposición de que los trabajadores no consumen otros bienes (diferentes de los alimentos agrícolas —maíz— en el caso de Ricardo o los provenientes de la agricultura y de las industrias tradicionales en el caso de Marini, en su versión menos cruda; en la más cruda, él supone que los trabajadores no consumen productos industriales); segundo, que el progreso técnico es definitivamente adverso a las actividades productoras de productos básicos. De cualquier modo, si Marini conociese los escritos de Ricardo, así como los de los autores que lo criticaron (incluso Marx), podría haberse dado cuenta de sus errores, porque el rigor del mismo Ricardo y la agudeza de sus seguidores y críticos, permite identificar con absoluta claridad cuáles son las premisas de las que el autor inglés parte y cuáles las consecuencias de su análisis.

minuyó, al menos a lo largo de los años sesenta (ver Cuadro 5). O sea, en este aspecto, no fue solamente la lenta “devaluación” de los productos básicos lo que contribuyó a retener los salarios sino también la insuficiente mejora de la calidad o del uso más eficiente del capital invertido en el sector.⁴⁷

Otro punto relevante se relacionaría con la indagación de por qué la modernización y la “devaluación” de la producción de BCND no marcharon más rápido. Parte de la respuesta, sin duda, tendría que ver con las limitaciones que hubo en el crecimiento de la demanda, derivadas por lo menos de dos factores: a) una cierta “sustitución” en el consumo de BCND incluso entre los sectores sociales de ingreso más bajo, como resultado del efecto de demostración, abaratamiento relativo de los segundos en relación a los segundos y facilidades de crédito;⁴⁸ b) la compresión de las tasas de salarios de los trabajadores menos calificados (incluso parte de los trabajadores de “cuello blanco”, como es el caso de los funcionarios públicos y bancarios) hasta, probablemente fines de la década pasada. Esto *no* nos lleva de vuelta al argumento de Marini, de acuerdo con el cual la disminución del poder de compra de los trabajadores cierra “cualquier posibilidad de estímulo a la inversión” en las actividades productoras de productos básicos. Primero porque, como vimos, tal cosa no sucede, pudiendo el sector dinamizarse en la medida en que la economía y el crecimiento del empleo lo hagan. Segundo porque Marini atribuyó esa falta de poder de compra a la circunstancia de que las actividades industriales líderes, productoras de BCND, sólo podrían elevar sus ganancias (o mantenerlas) gracias a la reducción (o congelamiento) de los salarios o de la extensión de la jornada de traba-

⁴⁷ Quizá cabría especular, por otro lado, si los subsidios concedidos a las exportaciones de productos básicos manufacturados (bajo la forma de créditos, exenciones tributarias o devolución de impuestos, etcétera) no podrían haber sido dados, alternativamente, para su venta en el mercado interno, con consecuentes efectos positivos sobre los salarios reales. Habría que tener en cuenta, no obstante, que esos efectos serían de pequeña envergadura. Por otra parte, la prioridad a las exportaciones se estableció en función de la estrategia de apertura de la economía, tan incondicionalmente perseguida desde 1964 (estrategia que, por cierto, no obedeció a ninguna compulsión “subimperialista”).

⁴⁸ Para indicaciones sobre esa sustitución, en los años sesenta, ver la ya citada investigación sobre el modelo de vida de la clase trabajadora de San Pablo (DIEESE, 1974). Como en ella se indica, la sustitución tuvo lugar no obstante ser el ingreso medio real de las familias en 1969-70 más o menos el mismo que en 1959. En cuanto a los precios relativos, los datos son elocuentes: entre 1969 (primer semestre) y 1976, el precio promedio de los BCND se elevó 3.4 veces mientras que el precio promedio de los BCND aumentó 5.4 veces y el precio promedio de los bienes de consumo y de producción reunidos 4.8 veces. (Datos de Coyuntura Económica, de septiembre de 1977). Es evidente, desde luego, que la diferencia en la evolución de los precios relativos configura un fenómeno recurrente: limita la demanda de BCND lo que, a su vez, limita el crecimiento de la agrupación correspondiente y por lo tanto su modernización.

jo, lo que, como también ya vimos, no es cierto. Una idea simple que quisiéramos recordar aquí es la de que la compresión salarial, en la proporción en que ocurrió, no se debió exclusivamente a una lógica inexorable de la economía del "capitalismo dependiente" la cual habría obedecido ciegamente a la represión política que efectivamente se dio y que anuló las posibilidades de organización y protesta de los sectores populares. Por cierto, dada la correlación de fuerzas que adoptó el poder en 1964, había límites "estructurales" a las soluciones posibles a la crisis económica de 1963-64. Pero fue el reaccionismo de aquellas fuerzas y la considerable debilidad de los sindicatos y agrupaciones políticas afines los que llevaron la represión salarial y las políticas económicas "antisociales" tan lejos como fueron, más tal vez de lo exigido necesariamente para controlar la inflación y para restaurar los mecanismos de acumulación parcialmente desarticulados por la crisis. Y una vez que la economía encontró el camino de la recuperación, en condiciones de un rellano salarial más bajo "embutido" en sus esquemas de acumulación,⁴⁹ se hizo mucho más difícil promover cualquier alteración significativa en la política previamente adoptada, sobre todo si venía de "arriba hacia abajo". No fue por menos que aún después de 1968 y hasta 1973, en pleno auge del "milagro", con la inflación prácticamente estabilizada y el PIB creciendo a un promedio elevadísimo, se mantuvo una política oficial de fuerte restricción salarial, quedando las mejoras eventualmente obtenidas en ese terreno sujetas a las "fuerzas de mercado" y no por cuenta ya sea de la política oficial (que permaneció restrictiva) o por la acción sindical o de protesta social, que siguieron tanto o más reprimidos e inexistentes que antes.

No se pretende negar que en una economía subdesarrollada un patrón de desarrollo dinamizado por los BCND tienda a ser restrictivo en lo que se refiere a las posibilidades de redistribuir el ingreso directa o indirectamente (en este caso a través de los "gastos sociales del Estado") y que, inclusive, llegue a inducir a una mayor concentración del mismo. Pero, pensando en el caso del Brasil, no habría por qué dar por sentado que *debido* a su capacidad para reorientar las curvas de demanda y movilizar financiamiento para sus ventas, el sector de BCND *tuviese* que crecer a razón de 20 por ciento al año. Nos parece que, en gran medida, el crecimiento de ese sector *también respondió* a la concentración del ingreso derivado de factores "exógenos" como la represión a las libertades de organización, representación política y protesta de los sectores

⁴⁹ Un ejemplo de ese fenómeno fue la elevación de las cargas sociales de la fuerza de trabajo, que vinieron a contrabalancear particularmente el efecto de la compresión salarial sobre los costos de la mano de obra y que fueron destinados a financiar la construcción residencial. Otro fue el espacio que la compresión salarial abrió para que las actividades productivas absorbieran los mayores costos financieros que caracterizaron la reorganización y el desarrollo del sector financiero desde 1964.

populares. Y no habría por qué suponer que la permanencia o reconquista parcial o total de esas libertades, en especial las referidas al poder contractual de los sindicatos, hubiese sido o sea *necesariamente* impeditiva para la *permanencia* del sistema, debido a alguna imposición incuestionable de "leyes" que gobernarían el "capitalismo dependiente". No está fuera de propósito admitir que alguna redistribución del ingreso (o contención de su "desigualización") derivada de la presión popular, hubiera podido o pueda provocar en una determinada coyuntura cíclica, un cierto margen de reajuste (dinámico) de la estructura productiva *sin* fracturar la espina dorsal del capitalismo e incluso sin congelar el sector de BCND, aunque imposibilitando que éste creciera o crezca a un ritmo tan frenético como el que correspondió al período 1966-73, por ejemplo.

V. UN CASI EPÍLOGO

La árida tarea que nos propusimos, de rever los componentes fundamentales de la teoría de la superexplotación, desde su aparición como parte de la explicación del intercambio desigual hasta su versión actualizada en el contexto del "subimperialismo", puede haber abrumado al lector. Finalmente ¿por qué tanto empeño en la crítica?

La respuesta a la cuestión ya estaba insinuada en la introducción de este trabajo. No es sólo porque Marini confundió en el intrincado enredo de los conceptos marxistas "germano con género humano". Finalmente, esto es común y comprensible. Pero tal vez nadie haya sido, en la línea de pensamiento de Marini, más ambicioso intelectualmente que él. Siendo así, mostró, mejor que nadie, que su análisis, de apariencia dialéctica, en realidad practica un impío reduccionismo económico que, al proyectar un cono de sombra sobre las alternativas históricas y las opciones políticas en cada coyuntura, instaura la primacía del *economicismo* y del *voluntarismo*.

Puede parecer una paradoja pero es así: al mismo tiempo en que establece los plazos lógicos de férreas necesidades imaginarias (estancamiento, subconsumo, superexplotación, subimperialismo) transformando en tendencia irrefrenable lo que es fase de un ciclo y en necesidad lo que es alternancia o posibilidad contradictoria, este estilo de pensamiento desarticula las opciones políticas frente al peso de la economía, al mismo tiempo en que deja ardiendo el fuego sagrado de la Revolución. Luego, sólo el asalto final, no a la Razón, puesto que éste se hace rápidamente y a golpes de errores de lógica y de interpretación, sino al Estado, en el día del Juicio Final, podrá poner un punto definitivo a tanto peso de las estructuras de la dependencia, que se reproducen como un Moloch animado por el *motu continuo*.

Se pasa así, imperceptiblemente, del economicismo equivocado al voluntarismo político suicida.

La lucha entre las clases, la creatividad de la historia, que permite el desdoblamiento de los conflictos en la dirección de alternativas menos sujetas al acicate de las “leyes de la dependencia”, desaparecen del análisis, para reaparecer al final como un *fiat* que permite romper el dilema entre fascismo y socialismo.

Si en vez de este estilo glotón de análisis, que engulle la tesitura real de la lucha entre las clases para erigir un monumento a la “lógica de la situación” (o del Capital, pues metodológicamente resulta lo mismo) se abriera un espacio teórico para reconocer lo que ocurre en la práctica —o sea, que no existe una “lógica económica” que excluya a corto plazo opciones diversas y contradictorias entre las clases y en el seno de la misma clase— el análisis se enriquecería y el camino al socialismo dependería menos de la creencia teleológica en él que de acciones concretas en coyunturas específicas.

Conviene reafirmar, para evitar incomprendiones o interpretaciones apresuradas, que no estamos oponiendo al estilo catastrofista del análisis una visión apologética. Los datos expuestos son suficientemente claros para mostrar que la explotación capitalista, incluso si a los períodos de crisis siguen períodos de bonanza, continúa haciéndose de tal modo que el secreto de polichinela de la acumulación es la extracción de plusvalía. Ni es nuestro propósito negar que la extensión de la jornada de trabajo, subremuneración, o subempleo y otros expedientes del género forman parte de la explotación capitalista, por más que ésta sea capaz, en la periferia o en el centro, de permitir la industrialización y elevar los índices de acumulación. Tampoco queremos ignorar lo que nosotros mismos, como tantos otros, siempre denunciemos: la represión y la contención salarial fueron componentes decisivos para explicar el “milagro” brasileño.

Únicamente, no es correcto suponer que por eso el capitalismo periférico se desliza hacia el estancamiento (porque el mercado interno tendería a no crecer) y que la “única salida” para asegurar la expansión está en la militarización de la economía y en el creciente *export surplus*. Como vimos, las exportaciones de hecho crecieron a una tasa elevada, pero no lo hicieron debido (o a costa) de un estrechamiento del mercado interno y sí para atender a los requisitos exponenciales —en términos de monedas fuertes— de la estrategia de apertura externa de la economía, tan enfáticamente buscada desde 1969, con sus implicancias sobre el crecimiento acelerado de las importaciones de bienes de producción y de los “servicios” de los capitales con riesgo de préstamo. Nada de eso, evidentemente, obedece a la lógica supuesta por los argumentos de Marini, la cual confunde la naturaleza contradictoria del capitalismo con obstáculos que lo imposibilitan.

Conviene reafirmar: la economía brasileña —como toda economía capitalista— ya pasó por períodos cíclicos y de crisis y por cierto que atravesará otros. Los obstáculos antes señalados constituyen dificultades que agudizan las contradicciones sociales, que abren posibilidades de reacción. Pero no es correcto imaginar que ellos, de por sí, provocarán la destrucción del orden social vigente.

Precisamente porque el estilo economicista de las interpretaciones de la “dialéctica de la dependencia” desfiguran el movimiento de lo real y tratan de mantener la idea de la Revolución anclada en obstáculos insuperables de naturaleza económica, el análisis político se vuelve al mismo tiempo ardiente e indefenso. Se hacen apuestas en los lances finales, cuando, “en bloque”, los oprimidos podrán reaccionar frente a la descomposición *inevitable* del orden económico, pero se dejan las coyunturas específicas sin respuesta. Se supone que se va de la represión absoluta (el fascismo, la barbarie) al socialismo, sin que se diga cómo: en vez de propuestas de caminos que permitan a la clase obrera, a los asalariados en general, aumentar su fuerza concreta, se oye el coro de slogans principistas. Para no hablar del horror que la política inspirada por el catastrofismo y por el principismo siente ante la necesidad de definir los campos de los aliados y de interferir, para ampliar, en las brechas puestas como posibles por las contradicciones que minan la cohesión de las clases dominantes.

Existe, por lo tanto, una relación directa entre los equívocos teóricos sobre el desarrollo capitalista de la periferia y el simplismo político que es prescripto. Fue porque la pretensión dogmática de un saber economicista y voluntarista ya hizo pagar caro a mucha gente, en muchas circunstancias, que nos pareció que valía la pena desarticular la nueva versión de la misma fábula, como intentamos hacerlo en este trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- BACHA, E. y TAYLOR L. 1977, *Brazilian Income Distribution in the 1960's Facts, Models Results and the Controversy*, Cambridge, Mass., Mimeo.
- BAER, W., NEWFARMER, R. y TREBAT, T 1976, *Considerações sobre o Capitalismo Estatal no Brasil: Algumas Questões e Problemas Novos. Pesquisa e Planejamento Econômico* 6 (3), diciembre.
- BONELLI, R. 1975, *Growth and Technological Change in Brazilian Manufacturing Industries during the Sixties*. Berkeley. Tesis de doctorado no publicada.

- BONELLI, R. y MALAN P. 1976, Os Limites do Possível: Notas sobre Balanço de Pagamentos e Indústria nos anos 70. *Pesquisa e Planejamento Economico* 6 (2) agosto.
- CARDOSO, F. H. 1964, *Empresário Industrial e Desenvolvimento Economico no Brasil*. San Pablo, Difusao Europeia do Livro.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas), 1969 a, *América Latina: El Pensamiento de la CEPAL*. Santiago, Editorial Universitaria.
1966, b, *Estudio Económico de América Latina*, 1968. Nueva York, Naciones Unidas.
1971, *Estudio Económico de América Latina*, 1970. Nueva York, Naciones Unidas.
1975, *El Desarrollo Económico Latinoamericano y la Coyuntura Internacional*. Santiago, Mimeo.
- DIEESE (Departamento Intersindical de Estadísticas y Estudios Socio-económicos) 1974, *Família Assalariada: Padrao e Custo de Vida*. San Pablo, Estudos Sócio-Economicos. 2 enero.
1975, *Dez Anos de Política Salarial*. San Pablo, Estudos Sócio-Economicos. 3 agosto.
- DOELLINGER, C. y CAVALCANTI, L. 1975, *Empresas Multinacionais na Indústria Brasileira*. Rio de Janeiro, IPEA, COLECAO Relatorios de Pesquisa.
- FRANK, A. G., 1968, *Latinoamérica: Subdesarrollo Capitalista o Revolución Socialista*. *Pensamento Crítico*. 13
1970, *Lumpen-Burguesia Lumpen-Desarrollo*. Santiago, Prensa Latinoamericana.
- JAGUARIBE, H., 1969, *Dependencia y Autonomía en América Latina*. *Panorama Económico*, 243, abril.
1972, *Crisis y Alternativas de América Latina*. Buenos Aires, Paidós, 1972.
- MACEDO, R., 1977, *Distribuição Funcional na Indústria de Transformação — Aspectos da Participação do Trabalho*. San Pablo, Facultad de Economía y Administración de la Universidad de San Pablo.
- MARINI, R. M., *Subdesarrollo y Revolución*. México, Siglo XXI, 1969.
1972, *Brazilian Subimperialism*. *Monthly Review*, febrero.
1973, *Dialéctica de la Dependencia*. México, Nueva Era.
- MARX, K. *Obras Escogidas — Economía*.
- PLATT, D. C. M., 1973, *Latin America and British Trade 1806-1914*. Nueva York: Barnes and Noble.
- SUPLICY, E., 1977. *Política Económica Brasileira e Internacional*. San Pablo, Editora Vozes.

- SANTOS, T., 1969, *Socialismo o Fascismo: El Dilema Latinoamericano*. Santiago, Prensa Latinoamericana (Segunda edición revisada, 1972).
- TAVARES, M. C. y SERRA, J., 1970, Além da Estagnação: Uma Discussão sobre o estilo de Desenvolvimento Recente do Brasil, incluído en Serra, J. (coordinador): *América Latina. Ensaio de Interpretação Económica*. Rio de Janeiro. Paz e Terra.